Biblioteca DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

Madrid, 1846.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

EL DIABLO ENAMORADO.

Drama original en tres actos, por D. Gabriel Estrella, *representado en el teatro del Instituto en el mes de noviembre de* 1848.

Madrid, agosto de 1848.

Dedico á usted, padre mio, este drama que se me cayó de entre las manos en mi época de estudiante. Pedir á aquel tiempo de fantasias caballerescas, de ideas incompletas y de inspiraciones irregulares, aunque vigorosas, una produccion literaria que no fuese un vivo retrato, seria exigencia prematura. Por eso, yo que sé todo lo que la buena crítica puede decir de mi ensayo, lo dedico á usted, como si quisiera retenerlo de este modo en el hogar paterno; la parte que el público puede tomar en este hecho, no creo, sin embargo, que engendre en mi el arrepentimiento de haber dado á usted una muestra mas de mi profundo cariño.

Gabriel.

PERSONAGES.

Alfonso Onceno, *Rey de Castilla.*
Don Alvaro.
Don Ramiro, *el Diablo Enamorado.*
Don Tello, *maestre de Calatrava.*
Doña Isabel.
Maria.
Bustos.
Pero Lopez, *secretario del Rey.*
Ortiz, *capitan de guardias.*
Escudero 1.°
Escudero 2.°
Un page.
Guardia 1.°
Guardia 2.°
Guardia 3.°
Un embozado.
Un mendigo.
Don Judas.
Una vieja.
Hombre del pueblo 1.°
Hombre 2.°
Hombre 3.°
Hombre 4.°
Un heraldo.
Escuderos, soldados y hombres del pueblo que no hablan.

La escena pasa en Toledo en 1....

ACTO PRIMERO.

Casa de doña Isabel; puertas á derecha é izquierda sobre una grande habitacion; en el fondo, á un lado, una trampa cerrada y oculta.

ESCENA PRIMERA.

Don Alvaro, Maria, don Ramiro.

Ram. Es fácil finjir al mundo, (*con burla.*)
que las tiene en muy gran precio,
historias, señor hidalgo,
que mas que historias son cuentos:
allá en sus rancias leyendas
de antiguos y oscuros tiempos,
que han sucedido aprendieran,
que son posibles creyeron.
El pobre vulgo no sabe
dudar sobre los sucesos,
es harto ignorante y simple
para saber dudar de ellos,
porque hay quien tenga, ¡mal haya!
en conservarlo asi ciego,
grave interés empeñado,
tan grave como perverso.
Alv. Sabeis conocer el vulgo
del siglo de Alfonso Onceno:
por lo demas, don Ramiro,
hay estraordinarios hechos,
que es necesario á las veces
por evidentes creerlos:
puede Dios, y puede cosas
que nosotros no sabemos,
y para sus altos fines
valerse de tales medios....
Ram. Los medios son de los hombres
en cosas privadas de ellos.
Decid, ¿qué hay de prodigioso

678687

en robar de un monasterio
á una bella enamorada
un amante caballero?
Alv. Mucho, si.
Ram. Nada.
Mar. (Dios mio!)
Ram. Porque estoy en el secreto
lo digo asi.
Alv. (Si sabrá...?)
Ram. No es maravilla por cierto,
os lo diré. Era de noche,
dormia en paz el convento:
de pronto por sus paredes
saltó un armado encubierto,
sacó á la que lo aguardaba
y fuese con ella luego.
Ya veis, sencillo es el lance,
cualquiera pudiera hacerlo.
Alv. Pues cuéntanlo de otro modo
á la verdad muy diverso.
A deshora de la noche
se oyó, dicen, un estruendo,
horrísono, estraordinario,
como de mas de mil truenos.
Sobre el mundo parecia
que se desplomaba el cielo,
con la lumbre de los rayos,
con el fragor de los vientos.
Las monjas se levantaron
llenas sus almas de miedo,
y en procesion religiosa
á orar á la Virgen fueron.
A esta sazon, de repente,
sobre un carro de humo y fuego
horrible vision las para
de un mágico caballero.
Pide á la jóven Maria,
dánsela, y se hunde al momento,
gritando en voz seca y ronca:
«Ven con Luzbel al infierno.»
Ram. He aqui un cuento divertido, (*riendo.*)
produccion de un monasterio!
Sabeis que las monjas tienen
muy aventajado ingenio?...
El Rey habia encomendado
á su sano y buen consejo
la jóven fugada...
Alv. Y bien?
Ram. Han inventado ese cuento,
temiendo que las demanden
por la falta de su celo.
Y piensan bien, que por vida...
Alv. Tened la lengua, blasfemo,
y hablad de vírgenes santas
con mas mesura y respeto,
que es de villano al dar suelta
á lengua y á pensamientos,
robar su brillo á las honras
y á las virtudes su premio.
Mar. Alvaro, calla, este jóven (*ap.*)
sabe .. gran Dios! qué tormento!
Ram. Mucho os poneis de la parte,
hidalgo, del monasterio.
Alv. Defender la causa suya
es defender la del cielo.
Ram. Se deja ver, y sobrado,
que habeis interés en ello;
otro mayor que el que hubiérais
solo en su pro combatiendo.
Verdad, señora?
Mar. Yo... ignoro...
Alv. (Violentas sospechas tengo.)
Respóndeme, te conoce
este jóven caballero?
Mar. Me ama, mas yo á tí solo, (*ap.*)
á tí, mi bien, pertenezco.
Alv. Cosas decis, don Ramiro,
que no es posible entenderos.
Por qué pedis á esta dama
razon de vuestros secretos,
cuando ella saber no debe
de achaque de asuntos vuestros?
Ram. Callais, y como tal veo,
recurro á quien me conteste
para quedar satisfecho.
Alv. Qué quereis saber?
Ram. Oh! nada:
lo sé bien todo, y es esto;
la jóven robada es esa,
vos el diablo...
Alv. Silencio!
Mar. Alvaro, tente.
Alv. Señora,
dejadme en paz. Hay misterios
que tienen honras y vidas
guardadas en su hondo seno:
el que llega á penetrarlos,
penetra en un santo templo,
donde es un crimen dar voces
que puedan llegar al pueblo.
Me entendeis?
Ram. ¿Y si ese crimen,
don Alvaro, yo perpétro,
el castigo á él consiguiente
me lo dá el mundo, ó el cielo?
Alv. Yo, de parte de los dos.
Ram. Pues bien, de los dos lo acepto.
Mar. Sangre que manche mi frente
vá á derramarse en un reto!
Y eres tú quien esto hace? (*á Alvaro.*)
Y vos, señor caballero, (*á Ramiro.*)
¿es amar á una mujer
llenarla de desconsuelo?
Es aumentar sus quebrantos
probarle un amor mas tierno?
Asi curais de mi honra?
Ram. Recobrad vuestro sosiego;
entre los dos no hay querella
que pueda causar un duelo,
lejos está de nosotros,
lejos matarnos, muy lejos.
Alv. No te acongojes, Maria,
no llores, viven los cielos,
que cada lágrima tuya
sale á dudar de mi esfuerzo.
Ram. Esto no es nada, señora:
no hay por aqui rival fiero
que venga á desconcertar
las fiestas de un himeneo:
no hay sed de sangre en alguno
que quiera vengar desprecios,
de una tirana hermosura
en un amante soberbio.
A ser asi, no nos viérais
de esta manera serenos;
ni á don Alvaro tranquilo,
colgados capa y sombrero,
(*Alvaro se pone la capa y el sombrero, la espada y*

el puñal, mientras que don Ramiro dice estos versos, correspondiendo á ellos con su respectiva accion.)
sin espada en la cintura
y sin puñal en el pecho.
Viérais que él á mi llegára
á decirme en voz de trueno....
«Marchemos al campo, hidalgo.»
ALV. Hidalgo, al campo marchemos.
(llegando por detrás.)
MAR. Oh! por favor, esplicadme...
A dónde vais, caballeros?
ALV. A merecerte, Maria.
RAM. Señora, á dar un paseo. *(vanse.)*

ESCENA II.

MARIA.

Deteneos ¡ah! ya se alejan,
y no es posible á mi afan,
que cuando asi ellos me dejan
los siga yo á donde van;
creyendo en el mundo estan
que ya esta vida he dejado;
salir de aqui me es vedado
que es terrible la venganza
de un pueblo, cuando se lanza
sobre aquel que lo ha burlado.
Honor y vida y amante,
todo en un punto perdiera;
en solo un rápido instante
cuánta desgracia y cuán fiera!
Mas, quién sabe?... quizás fuera
menos del pueblo el furor,
quizás viera mi dolor
con mirada mas piadosa.
que al fin soy jóven y hermosa
y mi delito es de amor.

ESCENA III.

DOÑA ISABEL, MARIA.

MAR. Qué decis vos, madre mia?
Debo ir tras Alvaro al reto,
ó es quedarme mas discreto
aqui en vuestra compañia?
(doña Isabel se sorprende.)
A un reto. Si: con el mismo
que es siempre fantasma nuestra:
sin duda su alma siniestra
sacó su amor del abismo.
Madre, qué dura afliccion!
Horrible era su ironia,
cada vez que sonreia
temblaba mi corazon.
Alvaro de todo ageno
le hizo agasajo á su entrada,
¡y era un rayo su mirada!
¡y era su voz sordo trueno!
Torció él la plática al lance
del público robó mio,
y mas fiero, mas sombrio,
él mismo provocó el trance.
Madre, madre, si á mi amor
mata... gran Dios! separarlo
yo quiero; corro á salvarlo...
ah! mas si me ven, qué horror!
ISA. No salgas, hija; tu esposo
quizás será vencedor
en ese trance azaroso,
que es bizarro y hazañoso
y entiende en lances de honor.
MAR. Conque es perdido mi afan?
Su sangre ellos verterán
sin que estorbarlo yo pueda?
Fuerza es, mi madre, que ceda
cuando á morir por mi van?... *(pausa.)*
Señor, Señor, yo te ruego *(arrodillada.)*
que no hayas conmigo enojos;
á mi destino me entrego,
sangre quiere el amor ciego
que vá saltar á mis ojos.
Si me ves de ella manchada
no me maldigas despues;
sangre es á mi consagrada,
Señor, Señor, mas tú ves
que no estoy de ella culpada.
ISA. Hija, levanta del suelo,
dá treguas á tu dolor,
porque con tal desconsuelo,
mientras tú aumentas tu duelo
se hace tu pena mayor.
Si cada mortal llorára
cuanto tiene que llorar,
¿quién riera y se alegrára,
ni cuál entonces llevára
la carga de su pesar?
Vé: que un secreto es tu vida;
tu amor incógnito dura;
sigue en tu estancia escondida,
que bien está la flor pura
del temporal guarecida. *(vase Maria.)*

ESCENA V.

DON ALFONSO, ISABEL.

ALF. Dios te guarde, Isabel.
ISA. (El Rey! el padre!)
ALF. Tarde dirás que á preguntarte vengo
si has aprendido la verdad del caso;
cual tú interés en descubrirlo tengo,
y no perdono hasta lograrlo paso.
Sabes de nuestra hija?
ISA. Solo, Alfonso,
que para siempre ya la hemos perdido.
ALF. Eso no, ¡pesiami! quiero encontrarla,
y alli la encontraré, donde haya ido.
ISA. Pues vé, si eres capaz de ir á buscarla
donde te diga el pueblo que....
ALF. Señora,
mis dudas valen mas, no son tan leves
que del vulgo á la voz desaparezcan,
y espero que al decirtelas yo ahora
mas importancia en tu opinion merezcan....
(Alfonso ofrece silla y se sientan.)
Ayer el monasterio de Maria
estube á visitar; la jardinera
mostró que hablarme en soledad queria,
cosa que asaz interesante me era,
y audiencia yo le dí. Dijome entonces,
en faz de arrepentida y angustiada,
que en el lance al diablo atribuido
no ha tenido el diablo que ver nada.
ISA. Imposible!
ALF. Esperad: ella las puertas
que dan del interior á los jardines
pudo dejar para la fuga abiertas,
y llevaron á cabo su osadia
el encubierto robador que asombra

con la infeliz y cándida Maria.
Isa. Mintió la jardinera.
Alf. Eso es lo mismo
que, en diciéndolo yo, me aseguraron
las monjas á su vez; mas como viese
que al contestarme asi se conturbaron,
fué ocasion de que entonces yo creyese
que todo era posible: como creo
que vos estais en el secreto ansiado,
pues conturbada á la sazon os veo,
pálido el rostro y con afan sobrado.
Hablad de esto, Isabel.
Isa. ¿Y qué deciros
de tan vana sospecha?
Alf. Vana, nunca!
Es imposible que al redil se vuelva
la ovejuela en la noche estraviada
por el gran laberinto de la selva,
si la adora un pastor de su manada?
Por qué no ha de buscar la hija á su madre
si es el paño de lágrimas que tiene?
Pues no sois vos la misma que en Segovia
sus nacientes amores protejia?
La que á su entrada al santo monasterio
que escojió mi cautela, se oponia?
Isa. La misma soy; su madre que la adora,
la que diera cien vidas por la suya,
y que perdida á su pesar la llora;
perdida por tu causa para siempre,
por tu afan en premiar un gran servicio
con su mano y su amor; bárbaro premio
el que cuesta tan grande sacrificio!
Alf. Cumplir es fuerza la palabra mia.
Isa. ¿Y piensas tú que si á mi hogar llegára
del recio temporal ya temerosa,
yo que sé lo que anhela tu porfia,
para dártela luego, la amparára?
No, Alfonso, no; la quiero mas dichosa,
yo la quiero feliz.
Alf. Ah! ¿conque es cierto
que vive nuestra hija, y que pudiera
buscar tu proteccion, si otra en el mundo
contra mi enojo paternal no hubiera?
Proteccion! ¿y de quién?
Isa. Señor, de nadie:
el mortal que el infierno ha arrebatado
ni la tiene de Dios.
Alf. Pero el infierno,
será, mísero yo! que haya tomado
alguna parte aqui?
Isa. Todo es posible.
Alf. Posible es en verdad, y horrible duda
la que por eso en resolver me afano.
Quién sabe si al dudar de este castigo
de un castigo del cielo dudo en vano?
Ni quien, si un religioso monasterio
por temer mis venganzas ha mentido?
Ah! no lo sé: mas por mi mal no ignoro,
que es maldito de Dios el descreido.
Sin embargo, Isabel, es mi promesa
para mi tan sagrada, poder tanto
tiene en mi corazon, que hora lo has visto,
por tener la esperanza de cumplirla,
lo que todos ya creen, yo creer resisto.
Perdido en este afan, entre estas sombras,
sin un rayo de luz que me ilumine,
¿por mas que quiera enderezar mi rumbo,
cómo es posible que sin luz camine?
(*quédase profundamente pensativo.*)
Isa. Y por qué en régia calma sosegado,
sin lanzarte en tan loco desvario,
resignado no estás? (Ah! no me escucha,
miedo me dá su suspension, Dios mio!)
Alf. Este es el medio, si. (*vivamente.*)
Isa. Qué es esto, Alfonso?
Alf. No tiembles; ahora poco no decias
cuando yo por nuestra hija preguntaba,
que nada de ella en tu dolor sabias,
si no que allá en la eternidad estaba?
Isa. Lo dije, si.
Alf. Pues bien, vas á jurarlo:
del juramento Dios será testigo,
nada menos que Dios.
Isa. No es suficiente
la voz del pueblo que á la par conmigo?...
Alf. No basta, no, porque engañarse puede.
Isa. Pero nunca mentir.
Alf. Miente engañado.
Isa. Y quién lo engaña aqui?
Alf. No sé, señora,
quizás lo sepa cuando hayais jurado.
Pero jurad por Dios, por Dios que vengue
si mentis en su nombre, el crimen vuestro.
Jurad sobre esta cruz. (*la de su puñal.*)
Isa. (Hija Maria!
Será que yo á tu amor dé fin siniestro,
ó que mienta sacrílega!) Un instante
de espacio me dejad (Horrible duda!)
Alf. Para decir verdad teneis bastante,
y no he de dar mas que este momento.
¿Si es claro como el sol lo que se afirma,
qué tiene que pensar un juramento?
Pues no estais vos tan convencida y cierta
de que mi joven hija para el mundo
sin recurso está yá perdida y muerta?
Isa. Pero jurarlo asi!
Alf. Dios os escucha:
jurad eso, Isabel
Isa. Oh! no es posible.
Alf. No es posible decis? Vencí en la lucha.
(*arroja su puñal.*)
Y dónde está....

ESCENA VI.

Los mismos y Maria.

Mar. Has vencido, esposo mio?
(*saliendo precipitadamente.*)
preguntabas por...
(*el Rey que estará de espaldas hácia la entrada de Maria, se vuelve al oirla, y todos se sorprenden.*)
Alf. Isa. *y* Mar. Ah! (*pausa.*)
Alf. (*á Isabel.*) Bien, la cristiana:
muy cumplida virtud la vuestra ha sido;
al fin tras tanto afan, de una mentira
por testigo al Señor no habeis traido.
La joven vive aun, para su mengua;
que entre el pueblo á ultrajarla convidado,
perdiendo vá su honor de lengua en lengua,
«Satanás la arrebata, ella ha pecado,»
esto dicen, y calla y enmudece;
será quizás que guardará el misterio
porque á su padre dócil obedece
huyéndose del santo monasterio.
Sin duda que es por esto.
Isa. Perdonadla;
á vuestros pies, Alfonso, os lo suplico,
no con tanta crueldad la atormenteis,

por vuestro antiguo amor.
MAR. Madre!
ISA. Si el cielo
otro le dá mas próspero destino
que el que vos señalabais á Maria,
oponerse á que siga su camino
es obrar contra el cielo, es furia impia.
Dejadla yá que viva con su esposo;
nada el mundo sabrá de su existencia,
y bien podreis dejar sin cumplimiento
la palabra que disteis sin clemencia.
Perdonadla, señor, todos sus yerros
que le han costado yá muy tristes llantos:
¡yerros de amor que la razon perdona!
¡cuando me amabais vos cometi tantos!
ALF. Aquellos eran yerros, no delitos,
nunca el delito la razon abona.
MAR. Es delito el amar?
ALF. Por Cristo vivo,
decid, la niña descompuesta y loca,
no es en vos un delito imperdonable
que haciendo de mi ley cuenta tan poca
seais el cuento del vulgo miserable?
No es delito el amar, cuando es contrario
al amor un deber, una promesa
que es forzoso cumplir, porque es sagrada,
porque al honor de un padre le interesa?
Delito es sin perdon.
ISA. Y cual castigo
que no repruebe Dios desde su altura
le pudierais vos dar? Con firmes lazos
ya á su amador la Iglesia la asegura....
ALF. Para romperlos hay recurso en Roma,
en que me oirá Clemente VI fio:
mas donde no, de mi verdugo aguardo
que haga justicia al enemigo mio.
¡Justicia á ese infeliz que se apasiona
contrastando la cólera de un padre
que lleva en su cabeza una corona!
Quién es el que no cede y se confunde;
decidme quién es él?
MAR. Ah! no querais
conocer á una víctima en mi esposo;
mi sangre derramad, toda la mia,
pero la suya no; no: es horroroso!
padre mio, perdon! piedad!
ALF. Su nombre?
MAR. Para mi mas no tiene que el de amante,
el otro no lo sé.
ALF. Mentis, decillo
ó al punto morirá si yó....
ISA. Teneos,
refrenad vuestra furia, vais á oillo.
MAR. Madre, callad.
ALF. Os oigo. Saber quiero
quién es mi nuevo hijo; no me humilla;
nada importa; si es un escudero
yo lo haré Condestable de Castilla.
Escudero será; si, vive Cristo,
nunca en hidalgo que de honor blasona
hacer tal daño y á traicion he visto.
ISA. Pues hidalgo este es: uno mas alto
que el mismo don Garcí, que Alvar Osorio,
tan alto como vos; rey de dos cetros,
y tan sagrado en este territorio.
ALF. Acabad de una vez.
MAR. Silencio, madre.
ISA. Del noble embajador de Aragon hablo.
ALF. Don Alvaro! Es posible?
ISA. Yo lo juro.
ALF. En su mesura y seso, él el diablo!
ISA. Ahora ved si debeis algo á su esposa
de respeto y de honor; ved de que suerte
para tratarla ya en manera impia
sois soberano poderoso y fuerte:
guerra contra otro rey os costaria
de quien quereis, para vencer al padre
del derrotado Abomerie, la alianza:
guerra! Si os atreveis á un desafuero
se encargará Aragon de la venganza.
ALF. Oh! cuanto os engañais! Como es posible,
sin que lo tenga el pueblo á gran locura,
que demande don Alvaro á una jóven
robada por Luzbel de su clausura?
¿Qué querella á Aragon que no sea vana
pudiera de esto dar? Creedme, señora:
negocios de esta especie con Maria,
por mas que embajador su esposo sea,
no pueden deshacer mi pleitesia,
porque no hay en el pueblo quien los crea;
mas doy que el pueblo la verdad supiese,
juro á Dios que cumpliera mi promesa
aunque el vencer á Alboacen perdiese,
y malograse mi atrevida empresa.
Mientras tanto venid, venid, conmigo.
(*á Maria.*)
ISA. A dónde os la llevais?
ALF. A mi palacio.
ISA. Esperad.
ALF. Imposible!
MAR. Si, un momento;
necesito saber de Alvaro solo,
me falta esto no mas.
ALF. No os falta nada:
no temais que os conozca el vulgo ciego
con el trage de dueña disfrazada.
(*lo habrá sacado efectivamente puesto, cuando salió al principio de esta escena.*)
Asi venis muy bien; ¡oh! si parece
que desalada ya ibais á buscarme.
MAR. Alvaro mio!
ALF. Andad.
ISA. No, no, hombre impio.
Quereis mi único bien arrebatarme?
ALF. Es preciso cumplir lo prometido.
ISA. Pues bien, señor, seré su compañera,
tal vez su suerte asi menos la aflija,
iré con vos tambien.
ALF. No, separadas.
Vos aqui, ella conmigo.
MAR. (*abrazándose*) Madre!
ISA. Hija! (*pausa.*)
Pobre niña desgraciada,
nunca á tu padre maldigas....
Perdonalo. ¡Es tan horrible.
(*mirando á don Alfonso.*)
la maldicion de una hija!
Acaso ya se arrepiente
de haber turbado tu dicha,
y el paternal sentimiento
contrario empeño le inspira,
que el corazon de un buen padre
siempre á la piedad se inclina,
como sabio que comprende
que en la piedad hay justicia.
Qué decis vos? ¿No os conmueven
tanta desgracia en Maria,
tanta lágrima en mis ojos

que con su duelo os suplican?
Mirad que si no empañados
vuestros blasones aun brillan,
mancharlos muy bien pudieran
acciones de vos indignas;
mas no, no los manchareis,
¿cierto que no?

Alf. Estad tranquila:
menoscabo no habrá en ellos
que los tengo en mucha estima:
por eso, por no mancharlos,
por no amenguar mi hidalguia,
ni cedo á vuestras plegarias
ni quiero mas tiempo oillas.
Mi promesa ha de cumplirse;
no hay poder que me lo impida:
nadie vence á *Alfonso el Justo*
cuando por ser justo lidia.
Venid, vive Cristo ... (*á Maria.*)

Mar. Madre. (*se abrazan.*)

Alf. Ternezas no tan prolijas;
andad.

Isa. A Dios.

Mar. A Dios. ¡Cielos!
decid á Alvaro que viva...

Alf. Temiendo, si osa afrentarla,
del rey la potente ira.
(*vanse. El rey le echa el velo á Maria otra vez.*)

ESCENA VII.

Doña Isabel.

¡Temiendo! ¿y por qué ha de ser
que ahogue su justo encono?
Porque tu tienes un trono
y el respetarlo es deber?
¡Mal haya el hombre inclemente
que no oye piadosa ley,
y con el nombre de rey
sustenta el de delincuente!
¡Mal haya, padre tirano,
quien te ciñó esa corona,
que asi delitos abona
porque son de un soberano!
Rey nos recuerdas que es ley
el temor que te debemos;
nosotros en tí no vemos
mas que al mal padre y no al rey.
Alvaro y yo... ¿mas qué digo?
Que sola estoy es lo cierto:
don Alvaro quizá ha muerto
á manos de su enemigo.
Entonces, ay!... suerte impia,
¿por qué tan fieros rigores
sobre los puros amores
de la inocente Maria?
Por qué al mundo otra vez lanzas
una jóven de él huida,
si vá á ver en esa vida
tales penas y venganzas?
Por qué volverla á su padre
si era sin él tan dichosa?
Hija infelice y hermosa
no estabas bien con tu madre?
No era grato en este asilo
que el mundo ignorar debia,
gozar un amor, Maria,
puro, callado y tranquilo?
Arder del amor la llama
iluminando este suelo,
con lumbre que desde el cielo
pródiga mano derrama?
¡Oh maternal corazon
que lloras y sientes tanto!
Para que enjugues mi llanto
me acojo á tu inspiracion.
Qué haré, ¡gran Dios!
(*queda pensativa y recostada en un sitial.*)

ESCENA VIII.

Doña Isabel, don Alvaro.

Alv. (*sin ver á Isabel.*) Por fin vuelvo
vencedor de mi enemigo:
el sacrificio fué horrible,
horrible, pero preciso;
amor y honor lo mandaron
y á honor y amor yo me rindo.
Un hidalgo jamás llora,
ni vencedor, ni vencido;
no hay que llorar, aunque el llanto
reviente en los ojos mismos.
Ya está guardado el secreto
de mi amor en muy buen sitio;
en el pecho de un cadáver
que por Dios no ha de decillo.
¿Quién delito llamará
á un necesario castigo,
dado en muy noble contienda
con propio y grave peligro?
Remordimiento importuno
de crimen no cometido,
deja que llegue á Maria
para decirla que vivo;
sereno el rostro agitado,
y el pecho inquieto, tranquilo.
Doña Isabel!
(*la vé al pasar por delante de ella para el interior de la casa.*)

Isa. Ah! sois vos!
Vivis? vivis?

Alv. Si, aun existo:
y sin tener quien se oponga
al encubierto amor mio:
ya voy á ser venturoso,
próspero es ya mi destino:
¿cierto que en paz con mi esposa
no habrá mas otro conflicto?
¿Ni mas que amor, sin pesares
que turben su regocijo?
¡Que placer, madre amorosa!
Vamos á dar á él principio,
vamos á ver á Maria.
Venid.

Isa. ¡A verla habeis dicho? (*con tristeza.*)
Pluguiera á Dios que eso fuese
posible á nuestro cariño!

Alv. Señora!

Isa. Jamás se temen,
por mas que de ellos huyamos,
jamás ¡ay! lo suficiente,
contrarios que nos persiguen
y furores que no ceden,
sueño que vé el enemigo
muy triste despertar tiene.

Alv. Pero qué...

Isa. Vos no quisisteis,
respetando los deberes

de embajador y vasallo
que os imponen duras leyes,
retiraros con Maria
de este reino para siempre.
Don Alvaro, este fué un sueño
que vió quien nunca se duerme;
os ha robado el tesoro
un hombre que no os lo vuelve.

ALV. Me han robado á mi Maria!
Pero qué enemigo es ese,
si lo dejé yo ahora muerto?
¡muerto! ¿quién sabe?.. Bien puede...
No: él está muerto; los ojos
de la venganza no mienten;
no ven sangre hasta que inunda,
no ven muerte hasta que hay muerte.
Mas si el alma bondadosa
me engañó.... ¿Quién fué el aleve
que me robó mi tesoro
y que volverlo no quiere?

ISA. El rey!

ALV. El rey! madre, albricias,
no temais lo que sucede;
me volverá el rey mi esposa
sin que otro crimen me cueste.
¡Cuanto me alegro, Dios mio!
cuanto el alma os agradece
no tener ya que lanzarse
á crímenes que la pierden!
El justo rey don Alfonso
ignorará ciertamente
que en este lance de amores
yo soy solo el que entiende.
Don Alvaro el tan su amigo,
el que tanto estima y quiere,
por servicios que le ha hecho
muy grandes y muchas veces.

ISA. La gratitud, hijo mio,
sienta muy bien en los reyes,
y en pechos hidalgos halla
firmísimo y dulce albergue:
mas es caña en muchos casos
que troncha el viento mas leve.
El rey prometió á Maria:
cumplir su promesa emprende,
sabiendo que sois su esposo
y amenazandoos de muerte.
Esto entended, y que en vano
probareis á conmovelle
con súplica y triste ruego
y llanto que sus pies riegue. ..
Si á demandar vais su gracia,
que en balde vais se os previene.
(*el teatro se empieza á oscurecer.*)

ALV. Pues entonces, vive el cielo,
que el rey en su trono tiemble
á las iras del esposo,
cuyo tálamo enlutece...
Pero un esposo terrible:
el pueblo diablo lo cree,
y él curará de que el pueblo
siga en su error y en temerle.
Doña Isabel, en la lucha
veries quien de los dos vence:
un rey no tiene mas fuerza
que la que el pueblo le preste,
mas á él se la niega el pueblo
y entonces ninguna tiene.
A espíritus infernales
ningun cristiano se atreve;
soy espíritu infernal,
el pueblo de mí se aterre,
y al que contra mi lo manda
desobedezca rebelde.
Soy Luzbel... caido del cielo
de mi amor, nadie se acerque.

ISA. Don Alvaro ¡qué locura!
decid, ¿qué delirio es ese?

ALV. Delirio de la esperanza
que loca en el pecho muere;
muere, si: tal desacato
no es posible que yo vengue
sin que sangre de un rey corra
que Dios por amor proteje.
Conquistador don Alfonso,
propicio el hado os conserve
para gloria de Castilla
y terror de los infieles.
Habeis hollado mi dicha...
gozaos, buen rey: viudo vedme:
¡Oh! no temais, me resigno...
Dios es el juez de los reyes.
Pero por qué... ¡oh, no venganza!
no hay ya valla que me arredre.
Norabuena el rey mi dueño
de mi en razon se querelle,
porque en vez de hacer alianzas
mi fuego á Castilla incendie...
Norabuena vengan moros
y la sazon aprovechen
para ganarnos las tierras
que luego al reino desmedren....
y la media luna crezca
y la cruz cristiana mengue.
¡Ah! todo esto es posible
y es fuerza que lo contemple.

ISA. Pensad bien; y en hallar medio
vuestro consejo se esfuerze,
de que sin sangre y sin guerra
nuestros afanes se aprecien,
que la bondad de una causa
bien es que en todo se muestre:
sagacidad y constancia,
y aunque vos tachen de endeble,
no como el rey irritado
puñal vuestro brazo emplee...

ALV. ¡Un puñal¡ ¿hirió á Maria?
¡á una hija su padre hiere!
¿Y vos, y vos me pedis,
me hablais de que lo respete?
No lo espereis: yo haré polvo
como el del vil suelo ese...
(*al mirar el suelo vé el puñal que dejó arrojado el rey.*)
Qué es esto? ¡un puñal! ¡el suyo!
Gracias, señor ¡oh! ¡buen temple!
aunque vista uno de malla
es facil que al pecho llegue;
como aquel con que ha un momento
á don Ramiro di muerte...
Muerte, ¡que horror! ¡yo tan justo!
Y otra mas fiera se ofrece!
¡un padre! ¡un rey!.. no hay remedio.
Madre, á Dios.

ISA. Hijo, detente,
no hay sangre aun.

ALV. Oh! es preciso
que yo mis agravios vengue;

doña Isabel, no mi gracia
tierno vuestro labio impetre.
A Dios quedad.
Isa. Hijo, aguarda.
No tu amada vida arriesgues;
dó vas?
Alv. Del Rey á vengarme.
(van hácia la calle.)
Isa. Morirás si á eso te atreves.

ESCENA IX.

Doña Isabel.

Desesperada osadia!
Al trono de un Rey se lanza,
y es en vano:
no vá á salvarse Maria,
y hay que temer la venganza
del tirano.
Pondré á su valor barrera,
iré tras él á palacio
disfrazada,
y acaso allí á su alma fiera
haré caminar á espacio
mas templada. *(vase hácia la casa.)*

ESCENA X.

Don Ramiro, Bustos. *Salen por la trampa* don Ramiro *en trage de noche, cubierto de una gran capa larga. Es de nache.*

Bus. Como en tiempos de don Juan
la trampa y la entrada encuentro.
No hay nadie. Señor, que afan!
te vas á quedar ahi dentro?
Ram. Bustos, silencio por Cristo.
Reserva, sigilo quiero.
Bus. Perdon, Señor caballero.
Ram. Silencio! Nos habrán visto?
Bus. Juzgo que no, mi buen amo,
mas, ya el peligro conoces,
que si nos ven y dan voces
acudirán al reclamo.
Ram. Eso importará bien poco
con tal de ver á Maria.
Bus. *(ap.)* Un cornado apostaria
á que el señor está loco.
Querer robar á una hermosa
con tal hidalgo por guarda,
es empresa que acobarda
al alma mas valerosa.
Y don Alvaro es muy fuerte;
allí lo dejó tendido
de un golpe de espada herido
con que creyó darle muerte.
Oh! no ha muerto: pero el mundo
por muerto á tenerlo vá,
y el viejo padre iracundo
venganza al rey pedirá.
Y él en tanto, y esto pasma,
á su rival hará guerra,
de debajo de la tierra
saliendo como un fantasma.
Gran prueba de su amor diz
que es esta rara aventura,
gran prueba de su locura,
y seso de codorniz.
Ram. Cuál es, que no lo he hallado,
de Maria el aposento?
Bus. Ella estaba en el convento
cuando yo aqui de criado.
Don Juan y doña Isabel
á la izquierda; á la derecha
una dueña con mas fecha
que la torre de Babel:
yo en el portal hice el nido.
Ram. Sst.! la noche está cerrada
y á asuntos de su embajada
el don Alvaro ha salido;
sacame de confusion.
Dime, por dónde me iria
á sorprender de Maria
la cándida imprevision?
Bus. Por aqui... no... por alli...
no sé lo que ahora me pasa,
que á conocer esta casa
nadie me aventaja á mi.
De esa entrada por supuesto
don Juan solamente y yo
entendimos; el murió,
y yo tan solo sé de esto.
Y en cuanto á....
Ram. Por dónde, digo,
por dónde hemos de ir? Acaba.
Bus. Ah! Señor, se me olvidaba,
venid por aqui conmigo.
Conque tú eres Satanás
y yo Astarot tu criado?
Entro contigo embozado
la echamos mano y no hay mas.
Ram. Ten las teas preparadas
para alumbrarnos despues.
Bus. Están, señor, y los pies
por si no vienen bien dadas.

ESCENA XI.

Doña Isabel, *disfrazada y cubierta con un velo.*

No sabrá el rey mi salida,
y plegue á Dios que sea buena,
y oportuna.
Plegue á Dios, hija querida,
que haga mas dulce y serena
tu fortuna.
Tiempo es que ya, suerte impia,
tiempo es... mas que estraño ruido...?
yo me espanto.
Campanas y griteria!
que podrá haber sucedido,
cielo santo?

ESCENA XII. *(á media voz.)*

La misma, y gran número de escuderos, pages, etc. en tropel.

Escudero 1.° Cerrad, si, cerrad; que horror!
Isa. Por qué? ¿Quién... es? ¡qué desman!
Esc. 2.° Se ha aparecido Satan,
en forma de embajador.
Page. Y á don Ramiro ha matado
hijo del héroe don Tello,
y está, que no hay mas que vello,
como un leon irritado,
con los guardias, gente armada
de palacio y de gran cuenta,
porque ver al rey intenta
y no le dejan entrada.
No, no de lo que ahora os hablo

se estrañe usarcé y asombre,
si quiere entrar como un hombre
pudiendo como un diablo;
porque es que quiere hacer guerra
(sin duda es de Dios castigo)
á modo de un enemigo,
que va á hacer trizas la tierra.
El pueblo corre en tropel,
la iglesia llama á oracion,
todos tiemblan con razon
á las iras de Luzbel.

ISA. Lo mismo que presagiaba. (*ap.*)
¡Que haré en este azar, Dios mio!

PAGE. Su cárdeno lábio impio
Maria, Maria gritaba,
cual si quisiera con esto
traer á nuestra memoria
la triste y medrosa historia
del robo á vos tan funesto.

ISA. El es.

TODOS. No hay duda que él es!
qué horror!

RAM. A dónde estarán (*ap. á Bustos.*)
¡Oh! que placer, allí están?

BUS. Bultos con ella no ves?

RAM. La ocasion!

BUS. Por Dios, detente,
que es el valor vana prenda
si lleva puesta la venda
de frívolo y de imprudente.

ISA. Iré, sí, iré: con mi voz
quizá ataje su bravura.

PAGE. Qué vais hacer? Es locura.

ESC. 1.° Es espantoso!

ESC. 2.° Es atroz.

ISA. Paso, escudero, soltadme.
Pages, atrás: esa puerta
yo vos lo mando, oid .. abierta;
compadecedme, dejadme.
Don Alvaro! Y vuestro amor?
Ah! pasó ya.

PAGE. Por mi vida,
señora, estais poseida
del diablo tentador?

ISA. Si... poseida: temblad,
huid.

TODOS. Compasion! (*de rodillas.*)

RAM. Detente: (*saliendo.*)
tu lábio pérfido miente,
miserables, de ahí alzad. (*á los arrodillados.*)
La frente en alto, hácia el cielo,
y que ninguno se asombre
al ver en mi á un rico-hombre
hoy mismo muerto en un duelo.
Vosotros no sabeis ver,
ese está muerto, matado!
yo soy del infierno enviado
y arrastro allí á esta muger.

TODOS. Jesus mil veces!

ISA. Perdon!
Piedad!

RAM. Piedad! la has tenido (*ap. á Isabel.*)
de ver como me has herido
el alma y el corazon?
Id, y á vuestro dueño el rey
(*á los pages y escuderos.*)
decid que no cesarán
los estragos de Satán
sobre su mísera grey,
si á don Alvaro impostor
que roba el nombre á Luzbel,
engañandoos conque es él
en forma de embajador,
no arranca la torpe vida
por cuyo fin yo suspiro ..
los manes de don Ramiro
piden venganza cumplida.

ISA. Y vos? quién sois? Que crueldad!
Quién sois?... Si el llanto materno...

RAM. Lo sabreis en el infierno,
venid al infierno, andad.

(*Don Ramiro, doña Isabel y Bustos desaparecen con las teas encendidas por la trampa. Los demas quedan estupefactos.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Fachada del palacio real con un ancho balcon cerrado sobre la gran puerta. A la derecha, á altura de cuatro pies, una gran ventana abierta y enrejada, y otra á la izquierda igual. Casas laterales divergentes hácia el fondo de la plazuela. En lontananza una torre. Son horas de alta noche.

ESCENA PRIMERA.

Guardias á la puerta del palacio. Un hombre embozado vestido de negro pasea lentamente por la acera izquierda.

GUARDIA 1.° Míralo, es cosa que pasma,
no diré esta boca es mia.

GUAR. 2.° Quién verá con sangre fria
delante de sí un fantasma!

GUAR. 3.° Jesus! mas negro que un cuervo!
tiemblo de pies á cabeza.

GUAR. 2.° Que vacila mi firmeza
por mas que me arrisco, observo.

GUAR. 1.° Yo ya no encuentro vocablos
para mi miedo, esto asombra.
¿No veis bailar en la sombra
una legion de los diablos?

GUAR. 3.° Callad, el rey va á salir,
y al que entienda hablando de esto,
ya sabeis lo que ha dispuesto,
en la horca ha de morir.

ESCENA II.

Sale BUSTOS *y se acerca al embozado* DON RAMIRO.

BUS. Buen chasco estuvo por cierto!
No, no merece Isabel
que hagais por ella el papel
de demonio á mas de muerto.
Imaginarse en Maria,
y en Isabel encontrarse!

RAM. Pero supo aprovecharse
tal lance.

BUS. Por vida mia
que teneis, señor, razon.

RAM. Queda segura?

BUS. Segura:
que en la hija habreis ventura
si la madre está en prision.

RAM. Y el cadáver?

Bus. Voló ya:
y la tropa con gran brio
á un catafalco vacio
haciendo la guardia está.
Ram. Y tú?
Bus. Yo? Igual á vos:
veis el trage?
Ram. Si, está bien:
cuenta con la madre ten:
yo aguardo á don Lope. Adios.
(Bustos y don Ramiro se van en distintas direcciones; este último despacio y como quien queda en espera por los alrededores.)

ESCENA III.

Dichos, el Rey, *y despues el* Secretario *y comitiva*

Rey. *(saliendo.)* Nadie me huya ni se esconda
porque tema al enemigo:
si no hay quien venga conmigo
haré yo solo la ronda.
Apenas logro animallos
con estos fieros alardes:
hembras se han vuelto cobardes
mis mas valientes vasallos.
Oh! pues el negocio es serio,
misterio encierra no visto;
yo lo sabré, haré por Cristo
que nade en sangre el misterio.
No me ha de quedar un duende
si puedo haberlo á las manos.
Salid, cobardes, villanos, *(á los de adentro.)*
qué torpe miedo os suspende?
No he dicho, gente sin ley,
que es mentira eso que cunde?
Ningun ánimo os infunde
el alto egemplo del rey?
A espíritus infernales
bien sé que no basta nada:
no hiere en ellos la espada
ni los asombran puñales.
Pero á hombres como nosotros,
nosotros solos bastamos,
venid, mis vasallos, vamos,
delante iré de vosotros.
(al ir á entrar sale don Tello.)
Quién vá?

ESCENA IV.

Los mismos y Don Tello.

Tello. Señor, es don Tello.
Alf. No os esperaba tan pronto.
Tello. Aunque mi edad y mis penas
ya necesitan reposo,
el servir á un justo rey
es antes que yo y que todo.
Puesta ha quedado la guardia
que mandasteis, don Alfonso,
y en verdad que tengo quejas
de tal y tanto desdoro,
porque de un hijo ya muerto
mucho se siente el oprobio.
Alf. Don Tello, y si ese hijo vive
y causa tales trastornos,
que ni el rey tiene vasallos
ni paz tiene el territorio,
¿no es justo que el rey le ponga
á esos desórdenes coto,
tornando en valor el miedo,
y en desengaño el asombro?
Tello. Què pruebas podeis tener
para pensar de ese modo?
Alf. Sé que vive don Ramiro
como que vivo yo propio;
ese tropel de insensatos
que viene á contar medroso
espantos y apariciones,
ora en un sitio, ora en otro,
que oye ruido de cadenas
del viento al mas blando soplo,
y vé en la llama mas ténue
ardiendo un infernal horno,
ni oye bien con sus oidos,
ni sabe ver con sus ojos.
Esto Ramiro lo entiende
mucho mejor que nosotros,
y en asombrosas sorpresas
vuelve á mis villanos locos.
Debe andar por ahi oculto
huyendo á mi régio encono,
á pesar de que es osado
y sé que se atreve á todo.
Me ha escrito una carta.
Tello. A vos?
Alf. Cortés me pide, y con hondo
respeto, que de mi hija
le dè la mano.
Tello. Pues cómo?
Alf. Mi hija me ha dicho que él la ama
de años atrás, y esos odios
que contra Alvaro desplega
pidiendo venganza á todos
por su muerte, de mis pruebas
son el mas cumplido colmo:
ademas... aqui, en mi corte,
yo sé que han matado á otro,
el cadáver no parece
y es quizás...
Tello. Señor! que oprobio!
Sec. O don Ramiro anda tardo, *(ap.)*
ó el tiempo con pies de plomo.
Alf. Alvaro mató á Ramiro
diz de una herida tan solo,
y el cuerpo que vos teneis
está en completo destrozo,
desfigurado y deshecho
desde los pies hasta el rostro.
Tello. Pues ved, ved ahí por qué pienso
que tanta maldad no es obra
sino del dios del infierno.
Satán es el asesino,
don Alvaro su instrumento.
Creedme, rey don Alfonso,
mi pobre Ramiro es muerto,
no hay un hijo que haga en vida
sufrir tanto á un padre viejo.
Decis que ha escrito una carta
á vuestra hija pidiendoos?
Vive acaso vuestra hija?
Alf. Vive: en palacio la tengo,
y el pueblo á la hora del alba
vendrá á esta plaza y resuelvo
que á él sea espuesta alli mi hija
(señalando á las ventanas de palacio.)
y alli don Alvaro espuesto.
Cada uno en cada ventana,
y yo en el balcon en medio,

haré entonces tales cosas
que al pueblo quitaré el miedo.
TELLO. Si, castigad á don Alvaro
con castigo el mas horrendo;
venganza en nombre de mi hijo,
venganza en nombre del cielo;
caiga al punto su cabeza
y sirva de escarnio al pueblo,
porque tan solo su muerte
lo deja todo en sosiego:
á vos os deja tranquilo,
á mi vengado y contento,
y al pueblo tal vez no cause
tantos temores muriendo;
quizás, si es que mi hijo vive,
lo que, señor, aun no creo,
tema verse en igual trance,
se aterre al pánico egemplo,
y venga pidiéndoos gracia
traido del escarmiento.
ALF. A don Alvaro un castigo
terrible ya le prevengo;
y en cuanto á vuestro hijo, os digo
como leal amigo vuestro,
que hagais con él de manera
que esté de mi córte lejos,
porque su suerte es la misma
con que hoy al otro condeno.
Voy ahora á rondar las calles
por si en alguna lo encuentro,
antes que la hora del alba
rompa el nocturno silencio,
y venga aqui el pueblo todo
á mi público consejo.
Luego traerán á palacio
de vuestra capilla el cuerpo,
que en lugar del de Ramiro
falsaria trama alli ha puesto.
Vos esperaos, y vereis
como la respuesta entrego
de su carta á vuestro hijo...
Un poco estraño es el medio.
TELLO. Qué! le pensais contestar!
Cómo!...
ALF. Como él lo ha propuesto.
La carta por mi balcon
se ha de arrojar, y encubierto,
uno vendrá tan valiente
que la levante del suelo;
á ese tal, yo con mis manos
troncharle las suyas pienso.
La carta ya el secretario
tiene, y á las cinco es esto.
Qué decis ahora? Parece
que estais confuso, don Tello?
(*Ramiro se asoma, de modo que no es visto sino por el secretario, que le habrá estado buscando durante toda esta escena.*)
RAM. Mucho tarda el secretario. (*ap.*)
SEC. Aqui está ya: yo me acerco:
(*ap. viendo á Ramiro.*)
la carta del Rey tomad,
mi amigo.
RAM. Mucho agradezco
vuestro favor, secretario,
vereis qué bien lo aprovecho. (*se separan.*)
TELLO. Pero si mi hijo viviera
creeis que tan indiscreto
se os viniera asi á las manos?
Quizá ese es un lazo nuevo...
Quién sabe!... yo me confundo,
y estos embrollos no entiendo.
¡La carta por el balcon
se habrá de arrojar al suelo!
RAM. No es menester, ya está aqui,
(*pasando velozmente.*)
vedla, en mi mano la llevo. (*desaparece.*)
TELLO. Ramiro!
TODOS. El diablo!
ALF. Fantasma,
yo te seguiré al infierno.
Bórrenme el nombre de Alfonso
sino te alcanzo y te venzo. (*vase el Rey.*)

ESCENA V.

Los restantes.

TELLO. Sueño, estoy loco y deliro,
ó esto es verdad, santos cielos!
GUARDIA 1.° Olor de azufre ha dejado
tras sí ese fantasma negro.
GUAR. 2.° Desventurado del Rey
que vá á morir sin remedio!
GUAR. 3.° Dios solo puede salvarnos,
venid y orad. *Padre nuestro*
(*colocándose todos en círculo.*)
que estás... En círculo; bien...
nuestro que estás en los cielos.
SEC. Bien por el buen don Ramiro, (*ap.*)
desplega valor é ingenio.
Já! já! de la osada farsa
el resultado esperemos.
TELLO. No hay duda: era Ramiro, vivo, humano,
no es él el que se exequia en mi capilla:
vive el mísero, engaña á un padre anciano
y el lustre de sus hechos amancilla:
el hijo de don Tello es un villano
mañana se dirá en toda Castilla,
y reirán mis envidiosos de ello
y avergonzado callará don Tello.
Tened hijos, ilustres castellanos,
y dadles á guardar vuestros blasones,
ellos harán pedazos con sus manos
la antigua herencia de tan altos dones:
Dadles nombre y grandeza, y estad vanos
porque serán en la pelea leones,
ellos huirán cobardes, y la gente
os morderá con su acerado diente.
¿Cómo yo nunca imaginar pudiera
que en tan indigna farsa un hijo mio
ese trage de máscara vistiera
tan mal usando el heredado brio?
¡Y yo en él mi esperanza toda entera
tuve y mi amor!... por qué, destino impio,
si nació para ser héroe afamado
en ridículo duende lo has trocado?
Un mas torpe baldon de quién se cuenta!
Medio para evitarlo cómo se halla?
Mi corazon de cólera rebienta
aqui en mi pecho en interior batalla;
confesaré mi oprobio? No, es afrenta,
y yo nunca pudiera soportalla,
lo callaré, diré que mi hijo ha muerto,
y yo haré, si lo encuentro, que sea cierto.
Mas si la ley, la pena que señalo
antes que yo le dá... si el Rey se venga...
Fuerte cosa es que el hijo ha de ser malo
y sin embargo el padre amor le tenga!

Cuando el suspiro postrimer ya exhalo
sin un hijo estaré que me sostenga!
Gran Dios! dame tú el bien porque suspiro,
vuelve existencia y honra á mi Ramiro!

ESCENA VI.

Dichos y el Rey.

Alf. Calles y plazas estan
en silencioso descanso.
La noche en sus densas sombras
lo ha envuelto, y yo nada alcanzo.
Maldita la noche sea
que encubre y salva á los malos!
Todos. El Rey!
Tello. Señor, qué habeis visto?
Alf. Nada, he recorrido en vano
cuantas calles y plazuelas
hay en uno y otro lado.
Tello. Oh! se salvó de esta vez. (*ap.*)
Guardia 1.° Se convirtió en aire el trasgo.
Alf. Mas aun tengo en esta noche
esperanza de encontrarlo,
y he de registrarlo todo
con ojos como de un Argos.
Pero mi carta, es posible!
si la guardó el secretario,
que pasar haya podido
de don Ramiro á las manos?
Ola! mis guardias; á Pero
Lopez al punto aqui aguardo.
Sec. Señor, vuestro humilde siervo,
mandad.
Alf. Oid: ha poco rato
puesto de mi puño y letra
os dí un papel, y el encargo
de echarlo por el balcon
á una señal desde abajo.
A dónde está ese papel?
Sec. Previsto tenia este paso. (*ap.*)
En el despacho, señor. (*alto.*)
Alf. Id, traedlo sin retardo. (*vase el secretario.*)
Tello. Tal vez traerá vuestra carta
y nuestro ha sido el engaño.
Yo... á pesar de que es mi hijo,
ya dudo; es posible al cabo
y aun disculpable que un jóven...
luego el amor... sin embargo...
yo aun creyera que está muerto....
(*ap.*) y miento como un villano.
Alf. Pues yo estoy firme en que vive,
y como el sol esto es claro.
Mal caballero!...
Tello. Señor!
Si, decis bien. (¡Oh! yo rabio!)
Alf. Mal caballero hecho duende
y susto de mis vasallos,
qué alcanzará de su dama
sino desdenes y agravios?
En buen palenque le gana
por cierto la esquiva mano!
Un angel como Maria
para él un torpe diablo!
El cielo para el infierno!
Lo bueno para lo malo!
Tello. Al Rey le sobra razon (*ap.*)
y yo de cólera estallo:
callemos, oprobio mio,
callemos que es necesario. (*sale el secretario.*)
Sec. La carta no está en la mesa,
señor, y hechos mil pedazos
sellos, papeles y libros
estan por el suelo echados;
todo en la tinta mas negra
en gran confusion nadando,
y en humo envuelta la estancia
imágen viva del caos.
Alf. Me place! bien! vive Cristo!
se porta el señor hidalgo.
Sec. No, quien se porta soy yo (*ap.*)
que quedo asi mas en salvo.
Alf. Yo tambien soy su juguete,
confúndale Dios de un rayo!
Y mis guardias, no le han visto?
Pues qué, es invencible acaso?
Callarán si les pregunto
con miedo estos insensatos.
Cuál de vosotros ha visto
entrar á un hombre en palacio?—
Ninguno. Los ciega el miedo,
los enmudece el espanto.
Mómias me sirven de guardias;
donosas para un retablo!
Ira del cielo! El que muestre
decaimiento de ánimo,
á Dios encomiende el alma
porque á la horca lo mando.
Seguidme, perros cobardes,
seguidme, soy vuestro amo.
Vos, don Tello, que aun dudais,
y yo la razon alcanzo,
el exámen del cadáver
para presenciar quedaos.
Quién vá allá? (*parte para irse.*)

ESCENA VII.

Los mismos, mas soldados y Ortiz.

Ort. Santa Maria! (*retrocediendo.*)
Atrás.
Alf. Qué es eso, villanos?
Ort. Ah! es el Rey... tiene una voz (*ap.*)
tan estentórea... es tan alto...
Alf. Tambien con miedo... llegad;
venid, soy yo quien os hablo:
los que traigan el cadáver
sigan con él á palacio.
Ort. Si decimos simplemente (*ap. á los guardias.*)
que sin verlo ni notarlo
se nos ha escapado el muerto,
sin remedio á la horca vamos.
Señor, no hay mas que lo dicho,
vereis qué historia le encajo.
Señor, en la capilla, (*al Rey.*)
fuertes como soldados de Castilla,
en vigilante vela
hicimos al cadáver centinela;
cuando de pronto, oh cielo!
aun se me eriza el pelo,
por infernales artes
nuestras lanzas rompiéronse en mil partes;
nos conturba el espanto,
la bóveda retumba y se estremece,
la cabeza levanto,
y miro que se mece
en el espacio, de humo rodeada,
muchedumbre diabólica y armada.
Señor, callar no puedo

que en tierra dimos todos con el miedo,
y ya no vimos mas, hasta que quiso
el cielo que llegase vuestro aviso
de venir á palacio
trayéndonos el muerto:
la vista alcé yo entonces muy despacio,
y todo estaba ya mudo y desierto:
solo que en la capilla aun se notaba
un resplandor sombrio,
á cuya luz, que apenas alumbraba,
miré, y ya estaba el túmulo vacio.
Condenadnos, señor, mas no es posible
que un cristiano español de esto se asombre;
es trance muy horrible,
es mas grande que el ánimo de un hombre.
Chicos, qué tal el cuento, (*à los guardias.*)
no veis qué bien invento?

ALF. El suceso es estraño, (*ap.*)
mas tal vez haya en él algun engaño.
Estos guardias... quién sabe?
todo lo indigno en los villanos cabe.
Dinero ó amenazas.
Yo me daré de descubrirlo trazas.)
Digisteis que las lanzas se os rompieron
(*à los guardias*)
y las traeis no rotas en la mano?

ORT. (Torpe de mi!) Señor... eso es bien llano,
(*confuso.*)
porque á su estado natural volvieron
despues del duro trance.

ALF. Creo que te turbas, y que en este lance
al Rey decis un cuento
de amenazas ó dones obligados,
y por si acaso me engañais, soldados,
vais á desengañarme en el tormento.
Silencio! asi ha de ser, el Rey lo manda,
y si el infierno anda
en este enredo, porque asi le plugo,
libreos del Rey; llevadlos,
las armas deponed, id y entregadlos,
ellos dirán verdad á mi verdugo.

ESCENA VII.

Dichos menos los soldados de la capilla y los que los han ido á escoltar.

ALF. El maldito misterio (*ap.*)
muy mas árduo vá haciéndose y mas sério,
y en tanta y tan gran duda
ni un noble ni un pechero me dá ayuda.
Ramiro en mi palacio!
Ramiro donde quiera, aqui presente,
todo á un tiempo! Si pienso esto despacio,
quizás voy á temblar como esa gente.
Delante del villano
mi valor es estremo,
pero aqui en mi interior dudo ya y temo
que esto vá pareciendo sobrehumano.
El robo de Isabel por otra parte!
Si no es trama infernal, es de tal modo
que no puede finjirse con mas arte....
Todo me ofusca y me confunde todo.
Pero si ven que en mi valor desmayo
y luego es don Ramiro, qué merezco?
Antes me abrase un rayo!
Cuanto lo pienso mas, mas me enfurezco.
Nada decis, don Tello?

TELLO. Señor, nada.
Confuso he estado oyendo
la relacion pasada,
y por mas que discurro nada entiendo.
Si halláramos siquiera
uno que luz nos diera!
(Oh! yo bien lo deseo
porque su muerte y mi ignominia veo.)
Don Alvaro!... ah! qué idea!
ese que es su enemigo
y al par su compañero,
quizá delator sea
de las artes que usa y del abrigo
que esconde á ese embustero.
Hablar yo mismo con don Alvar quiero.

ALF. Norabuena le hablad, pero su estado
no promete por cierto
dar luz á la verdad: desesperado
unas veces está, grita demente,
y otras se queda inmóvil como un muerto
con las uñas clavadas en la frente.
En aquella ventana
estará hasta que llegue la mañana.
Vedlo ya: allí Maria,
(*por dentro de las dos ventanas se encienden dos lámparas y se ven dos bultos.*)
duro os vá á ser el venidero dia!
No temen á ese tanto
mis guardias, porque han visto
que humilde á mi rindiose, vive Cristo,
como el otro hará en cuanto
yo pueda arremeterle de hombre á hombre:
haré que el pueblo de ellos no se asombre.
A don Alvaro hablad. Soldados, vamos,
de esta vez lo encontramos.

ESCENA VIII.

DON TELLO *y guardias de palacio.*

TELLO. No diré en el consejo
lo que alcance saber mi afan prolijo,
yo soy un pobre viejo
y necesito el báculo de un hijo.
Pues ya he perdido uno,
no me dejeis, Dios bueno, sin ninguno.
De Ramiro el desdoro
que hace á su estirpe ultraje,
él borrará en batalla con el moro
volviendo su esplendor á mi linage.
Don Tello asi lo espera,
ó hará que el hijo indigno al punto muera.
(*entra en palacio.*)

ESCENA IX.

Aparece un hombre embozado y pasea como en observacion. DON ALVARO *y* DOÑA MARIA, *cada uno en su ventana.*

ALV. Negra es la noche y medrosa;
(*asomado á la reja.*)
ni estrellas se ven ni luna
en el cielo;
y mientras todo reposa,
maldiciendo mi fortuna
yo aqui velo.
Me oigo llamar de la gente
diablo, en tales consejas
que dan miedo;
diablo soy impotente
cuando romper estas rejas
ah! no puedo.

Mi sentencia será impia,
este es mi último suspiro,
ay me triste!
morir! dejar á Maria,
tal vez para don Ramiro
que aun existe.
Finjióse muerto el villano
y robará á mi señora
porque es fuerte:
jamás! yo no por mi mano,
mas una habrá que traidora
le dé muerte.
Antes muera que se engria
de vivir con la que adoro
satisfecho:
sino ha de ser de él Maria,
la tumba es á mi desdoro
grato lecho.
Ya está allí mi buen Rui Pero,
qué aguardo? Escucha, es forzoso
ya matarlo:
hazlo, buen Rui, ten dinero,
toma puñal y huye ansioso
de encontrarlo.
(*arroja un bolsillo y el hombre lo recoje y vase.*)
Indigna es esta accion mia;
mi antiguo honor qué se ha hecho?
Lo he perdido:
la suerte es conmigo impia,
yo estoy de pena y despecho
sin sentido.
(*cae desplomado en un sillon del interior y ya no lo vé el espectador.*)

Mar. (*asomada á su ventana.*)
El pérfido aun no ha llegado,
y no encontraré consuelo,
yo, infelice?
Habrá de ser tan malvado,
sino me entrego á su anhelo
como dice?
Don Ramiro! Don Ramiro!
ser vuestra amante una esposa
no es posible:
mas mi madre... yo deliro,
vuestra carta es alevosa,
es horrible.
«Si á una fuga no os prestais (*lee.*)
»muere vuestra madre amada
»sin remedio:
»ved cuál respuesta me dais,
»que una vez sacrificada
»ya no hay medio.»
Valedme aqui, Dios eterno,
ese es el diablo, no engaña,
razon tiene:
solo un alma del infierno
se atreve á maldad tamaña...
oh! allí viene.
(*se ven aparecer y acercarse dos bultos.*)
Qué contestaré á ese hombre?

Guardia 1.° No veis allí andar despacio
á un diablo?

Guar. 2.° Uno! dos! nadie se asombre,
entrémonos en palacio...
guarda, Pablo!

(*los guardias entran precipitadamente en palacio y cierran la puerta.*)

ESCENA X.

Dichos, don Ramiro *y* Bustos.

Ram. (*á media voz.*)
La carta tiene en su poder Maria,
no hay remedio, la suerte está ya echada:
se acerca el fin del juego, ¡ay de mi, Bustos!
de muerte ó vida es la última jugada.
El Rey contesta que su mano es solo
para aquel á quien ya la ha prometido:
su carta toma y rompe, únicamente
para un lance de mágia me ha servido.

Bus. A quién prometió el Rey dar á su hija?

Ram. Qué sé yo! Es una historia: al hijo creo
de un hidalgo que en Avila años hace
la vida le salvó en riesgo estremado.

Bus. Si probarse pudiera que tu padre...

Ram. Es el solo combate en que no ha estado.

Bus. Señor, tanto te dice en esa carta?

Ram. Y mucho mas tambien sobre eso mismo;
despues estalla en cólera, y me jura
que á castigarme bajará al abismo;
furioso está, pardiez.

Bus. Pues ojo al Cristo.

Ram. Marcha ya y á Isabel guarde tu celo.

Bus. Toda su ayuda te conceda el cielo.

(*Bustos entra en su casa.*)

ESCENA XI.

Dichos menos Bustos.

Ram. Ya es hora: en una reja del palacio
me dijo el secretario que estaria;
allí hay luz, (*por la reja de Tello.*)
nada advierto... si la llamo
tal vez se asomará.

Alv. (*con dolor.*) Maria!

Ram. Maria!
(*á media voz y acercándose.*)

Alv. (*dentro pero con voz clara.*)
Un nombre que en mi alma está grabado,
un nombre que en mis sueños siempre escucho,
y aumenta siempre la tristeza mia.
Maria, esclamo llorando, y oigo al eco
confusamente repetir....

Ram. Maria!
No responde... otra luz! allí está ella,
allí en la sombra como clara estrella
la noche tenebrosa iluminando.
Virgen del cielo candorosa y bella,
suspiras, muestras pena, estás llorando?
Cuando tan pura tu dolor ofreces
á los ojos mortales, mi Maria,
madre infeliz del Redentor pareces
en la cruz presenciando su agonia.
Un secreto pavor ata mi lengua,
mi mirada se turba, oh! me estremezco,
ella tanta virtud, yo tanta mengua!
de ánimo falto y de valor fallezco;
luchando entre el rigor de mis furores
mi bárbara pasion mas abomina:
perdona mi impiedad, angel de amores,
Dios á tanta desgracia me destina.
Vengo á escuchar mi última sentencia.

Mar. No, don Ramiro, á pronunciar la mia.

Ram. Ten, angel puro, de mi amor clemencia.

Mar. Tenedla vos de mi dolor.

RAM. (*con melancolía.*) Maria:
Yo soy muy desgraciado, amor ha puesto
mi corazon en infernal congoja:
el cielo á castigarme está dispuesto
y el mundo con horror de si me arroja...
Tú lloras, pobre presa, por tu madre
á quien hoy causo yo la desventura:
ayer causaste tú la de mi padre
su ancianidad llenando de amargura.
Pasará esta tormenta, y tú dichosa
no volverás á oir bramar el austro,
consolará á la desgraciada hermosa
la santa paz del religioso claustro.
Pero yo... no lo ves? Me he condenado
á eterna tempestad, á llanto eterno;
como un hombre que muere en el pecado
fuera del mundo, estoy en el infierno.
Siento en el corazon su fuego insano
que á mis ojos arranca ardiente lloro:
comprende si padezco y si te adoro,
y dime ahora, cruel, que es todo en vano.
MAR. Quereis otra respuesta por ventura
de la misma infeliz víctima vuestra?
Oh! mal haya mil veces la hermosura
que una pasion inspira tan siniestra!
Si me pudiera yo arrancar la mia
alma y vida guardando al que la he dado,
don Ramiro, escuchad, vuestra seria
porque al fin, es verdad, sois desgraciado.
Mas podeis aun tener suerte dichosa
si permitis que la razon os rija:
volved la tierna madre á la fiel hija:
deber y honor vuestra pasion fogosa
combatan sin cesar.
RAM. Deber has dicho?
Cielos! qué horror! Acaso... desposada...
¡Oh, del destino bárbaro capricho!
MAR. Si lo estuviera...
RAM. Qué!
MAR. Si ya casada
estuviera, qué hariais?
RAM. Lo sé acaso?
En crueles dudas batallára el pecho.
No me engañes, Maria, es horroroso,
dicen que es tan sagrado el himeneo!
Recuerdo que mis padres desde niño
me inspiraron hácia él mudo respeto:
mi madre sobre todo: oh! no lo olvido,
no olvido nunca su postrer consejo.
«Si intentan las pasiones, me decia,
»sujetarte á su duro cautiverio,
»defiéndete de todas, hijo mio:
»una está ya muy cerca de tu pecho,
»la pasion del amor; nunca la escuches
»si no es tu amor legítimo y con freno;
»tu tálamo sea tuyo, y de los otros
»no turbes ni profanes el sosiego.»
Y se inundaba en lágrimas el rostro
de aquella madre de virtud ejemplo.
Ah! yo le prometí por consolarla,
¡pobre niño en amores inesperto!
que sabria vencer esas pasiones
de las que soy á la sazon vil siervo.
Pero dime...
MAR. Cederiais si asi fuese?
RAM. Ceder! no, no: con fuerte mano imprimen
su sello las pasiones.
MAR. Pues sabedlo,
ese fatal amor es un feo crimen,
don Ramiro, piedad, vive mi esposo,
no puedo vuestra ser.
RAM. Vive? Si? Es cierto?
Oh! es un crimen atroz; pero hay recurso,
esperaré, señora, á que haya muerto.
Hoy subirá al patíbulo.
MAR. Dios mio!
RAM. Hoy mismo volveré por la respuesta;
no os librará de mi, no, vuestro padre:
no hay quien os libre, la sentencia es esta,
ya la sabeis: si no quereis ser mia
morirá sin remedio vuestra madre:
si al Rey me delatais para libraros,
él morirá tambien: solo no muere
si llegais de mis penas á apiadaros.
MAR. Esperareis por hoy?
RAM. Os lo repito:
como fiera traidora alli en acecho,
esperad de mi amor todo delito
y toda iniquidad de mi despecho.
Adios.
MAR. No hay quien fuerza me dé
si no me la das, Dios mio!

ESCENA XII.

DON TELLO *por dentro de la reja con* DON ALVARO, *asomados hácia afuera.*

TELLO. Ahora en don Alvaro fio (*ap.*)
que el misterio entenderé.
Don Alvaro, guardeos Dios.
ALV. Vos en mi prision, don Tello!
TELLO. Soy yo, si, pensad en ello,
y ved qué traeré con vos.
No os vengo quejas á dar
ya inútiles, caballero,
que el honor de un prisionero
es de nobles respetar.
Ni vengo porque seais
de mi hijo el enemigo,
á ser cobarde testigo
de la amargura en que estais.
ALV. Sufro, es verdad, mas no tanto
que á vos os pida consuelo:
pido, si, pero es al cielo
pronto fin á mi quebranto.
TELLO. Habrá en la tierra quien gusto
os dé, don Alvaro, hay ley:
habeis faltado, y el Rey
es Rey vengador y justo.
Del pueblo el loco desórden
que asi lo asombra y agita,
vuestra sangre necesita
si ha de recobrar el órden.
Duro será para vos
veros jóven, veros fuerte,
y recibir una muerte
que no es sentencia de Dios!
La prision será cruel,
que os deja en pesar profundo
á la vergüenza del mundo
espuesto, y al furor de él...
ALV. Caballero, habeis mentido:
vos venis á atormentarme:
no hableis de eso, eso es matarme;
decid, á qué sois venido?
TELLO. De la vida en la agonia
bueno hace al hombre el dolor,
conoce y llora el error

con alma contrita y pia:
desgraciado: en vos contemplo
al perdedor de Ramiro:
rival odioso en vos miro
que le ha servido de ejemplo:
demandoos solemnemente,
(no engañareis á un anciano,
ni á un padre) todo el arcano
que aqui se oculta á la gente.
Salvar á mi hijo es mi objeto.
de la muerte y de la afrenta.

Alv. Salvarlo! Quien eso intenta
debe guardarse el secreto
y no decirlo ante mi:
mas que mi muerte y baldon,
mucho mas, don Tello, si,
sintiera su salvacion.
Ser él de mi esposa dueño!
Mia ó de nadie: horrible suerte!

Tello. Alvaro, llega la muerte:
vais á despertar de un sueño,
y la verdad ha de ser
que en despertando os sorprenda,
terrible, si no hay enmienda,
que aun es tiempo de poner.
Mirad: soy un pobre viejo, (*con afecto.*)
barba blanca, pelo cano,
el consejo de un anciano
es siempre el mejor consejo.
Habeis errado, es verdad;
¿quién no yerra cuando ama?
¿A qué jóven de su dama
no enloquece la beldad?
Pero la muerte... la afrenta...
ya veis, tristes cosas son...
creedme, vuestra pasion
debe ser menos violenta.
Tal vez... si á mi hijo salvais
de la afrenta y de la muerte,
habrá quien os dé igual suerte...
á vos que perdido estais.

Alv. Si he de vivir sin mi amada
para qué la vida quiero?

Tello Qué? no teneis, caballero,
ni una madre idolatrada,
ni un tierno y querido padre
de vuestra amante despues?

Alv. No; señor, no tengo madre,
mi padre no sé quien es.
Del corazon otra herida
es esa muy dolorosa;
sin padre, madre ni esposa
que puede importar la vida?

Tello. (Pobre jóven! me enternece:
por Dios que es muy desgraciado:
no es en el alma malvado
cuando en su horfandad padece.)
Si hubierais padre tenido,
culto al amor paternal
prestárais, y no tan mal
oiriais á un padre afligido.
Mas mi voz os conmoviera,
comprendierais mas mi llanto...
¡quiere un padre á un hijo tanto!
y me hablais de que el mio muera!
El postrer! Porque, escuchad,
otro en su infancia perdi
en un incendio.

Alv. Vos!

Tello. Si,

Alv. A dónde? Don Tello, hablad.

Tello. Por mi os tomais ya interés?
¿Vais por fin mi hijo á salvar?

Alv. Esa historia heis de acabar
y os contestaré despues.
En un incendio! y á dónde?

Tello. En el de una fortaleza
que hoy entre escombro y maleza
su antiguo cimiento esconde:
es la del Rey.

Alv. ¿Cuántos años
hace? decid!

Tello. Treinta y dos.

Alv. Que es esto ¡gran Dios!
serán de mi fiebre engaños?
Y de ese incendio no es fama
que á los moros que lo hicieron,
soldados de Aragon dieron
castigo, y de entre la llama
que incendiára un furor ciego,
pudieron medio abrasados
sacar restos mutilados
de las victimas del fuego?

Tello. Que lo sabeis todo infiero:
de eso que decis colijo
que vos sabeis de mi hijo...
habladme de él, caballero.

Alv. Sé mucho de él; vos su padre!
el niño llevaba al cuello
un retrato. Ved, don Tello,
es este? (*saca uno del pecho y se le dá*)

Tello. Si, el de su madre!
Mi esposa! Mas justo Dios!
hablad: en gran duda estoy.

Alv. Vuestro hijo...

Tello. Decid.

Alv. Yo soy:
Padre!

Tello. Tened mi hijo vos!
¿Es amaño baladí
que se os vino á la memoria,
apropiaros una historia
que es de mi hijo y de mi?
Asi quereis libertaros
de la muerte que os aguarda?

Alv. La muerte! la muerte tarda
lo que no podeis pensaros:
me rechazais! la razon
de eso llego á comprender;
¡no quereis reconocer
á un hijo en tal ocasion!
Un noble siempre es tardio
en llamar su hijo á un vil hombre,
que asi desdora su nombre,
cual vos encontrais el mio.
Ya lo sé, desdicha fiera!
Esto solo me faltaba!
¿Por qué el destino no acaba
de fijar mi hora postrera?
¡Yo asesino de mi hermano!
Id, á Ramiro salvad.

Tello. Cielos! si será verdad!
mi hijo! Ya veo que no en vano
mi corazon presentia...
ese retrato, esa historia...
¿no teneis en la memoria
mas pruebas, de mas valia?
Sabeis que ya las deseo?

De valiente teneis fama!
Padre un valiente me llama!
Lo que decis dudo y creo.
Pero mi hijo ¡oh! vos no,
no os puedo reconocer,
como yo debiera ser
noble, sin mancha cual yo.
ALV. Porque no como Ramiro
tan desgraciado, tan ciego...
id, padre, salvadle luego.
TELLO. De tal empeño me admiro!
no sois su enemigo vos?
ALV. Volad: ya viene la aurora
y se me acerca la hora
de ser juzgado por Dios.
TELLO. Será cierto ¡ó confusion!
ah! que recuerdo! decid,
del incendio y de la lid
qué soldado de Aragon
os salvó, quién?
ALV. Don Hernando
de Sos.
TELLO. Cielos! el que me dijo
mi pobre Rui... Perdon, hijo,
Mi hijo! lo estoy abrazando
y ha de morir! Y su juez
yo he sido tambien, yo mismo!
De este caos en el abismo
sucumbo, muero esta vez.
Alvaro! Ramiro! ay triste!
ya condenados los dos.
ALV. Yo asesino, Santo Dios!
de mi hermano.
TELLO. Tú! qué hiciste,
infeliz?
ALV. Es mi rival,
pretende, adora á Maria,
y un hombre de parte mia
lo busca con mi puñal.
TELLO. Dónde está él?
ALV. Ah! lo ignoro,
pero salvadlo.
TELLO. Y á ti?
ALV. Dejadme morir á mi.
TELLO. Tú, cuando de gozo lloro
por haberte al fin hallado...!
Mira.... en aquella ventana
tu esposa está.... la mañana
se acerca.... hijo desdichado!
Hablale y no te despidas
de ella, que no mueres hoy....
Ramiro!.. Tu!... Padre soy,
y salvaré vuestras vidas.
(se arranca de los brazos de su hijo y vase precipitadamente.)

ESCENA XIV.

ALVARO.

Van á salvarme! Es sueño
esto que por mi pasa,
á salvar, al maldito
que á su hermano mata.
En buen hora mi padre
¡ay! en buen hora me halla,
de sangre la honra mia
y de oprobio manchada!
Y mi amante, mi esposa
está en esa ventana;
tal vez mi dura suerte
tambien á ella le aguarda.
Maria.... mi Maria.
MAR. Esa voz!... quién me llama?
Alvaro!
ALV. Cara esposa!
MAR. Eres tú quien me habla?
ALV. Yo, si: yo encarcelado.
MAR. Tú! me duele en el alma;
por mi lleno de oprobio
y preso por mi causa!
Quizás el sol naciente
el último es que radia
en tu frente... Dios mio!
perdónalo, y descarga
en mi el golpe terrible
de tu justa venganza.
ALV. No, no; todas sus iras
sobre mi solo caigan:
bella como el lucero
que anuncia esta mañana,
Dios, no quiere tu muerte,
que á la inocencia ampara.
Completa tú tus dias....
y yo al sepulcro vaya,
por haber hecho loco
con mi amor tu desgracia.
MAR. Tu amor es mi ventura,
otro amor y su saña,
el amor de Ramiro
este llanto me arranca.
¡Oh! mal haya Ramiro,
y mil veces mal haya!
Es su sangre de tigre,
y de tigre su alma.
ALV. Su sangre! es muy noble...
no sabes, desdichada,
que es Ramiro mi hermano?
MAR. Quién, Ramiro! Que estraña
novedad!.. El tu hermano!
Alvaro, ¡ay triste! te falta
la razon. ¿Estás loco
y tambien por mi causa?
Tu hermano el que te odia!
Tu hermano el que me mata!
No sabes, amor mio,
me ha escrito hoy una carta,
y ó tengo de ser suya
ó á mi madre en venganza
sacrifica; si vieras
por dentro ahora mi alma;
en qué fiero combate,
en qué dudas batalla!
ALV. Qué dices? Es horrible!
Eso... es verdad? Tan mala
es el alma de... pero
la hiel de tus palabras
trastorna mis sentidos
y es hiel sobrado amarga.
Y yo... al fratricida
maldice Dios... pensaba
á ese rival dar muerte...
Sin duda ya se salva...
dices bien. yo estoy loco,
y no hay, no, quien me valga.
(se oye toque de campanas del alba.)
MAR. Gran Dios! oyes? La hora
es esta ya del alba.
ALV. Si, si... hermoso dia!

quien verá el de mañana!
(*Los guardias abren la puerta de palacio y empiezan á colocarse en sus puestos.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del segundo. Se oye la campana del alba. Grupos del pueblo están esparcidos por la escena. Cruzan grandes personages y entran en palacio. Don Alvaro y doña Maria se dejan ver por sus respectivas ventanas.

ESCENA PRIMERA.

Uno. Vino el rey de la ronda?
Otro. Y fue la ronda vana.
Primero. Cuan poco son los hombres
lidiando con fantasmas!
Una vieja. No vé ese consejero
que hácia palacio pasa?
Segundo. (*en otro corro.*) Hágase allá la vieja,
de bruja con semejanza.
Uno. Hablad, sábio don Judas.
Don Judas. Hoy se arriesga quien habla,
hermano, *plura audiamur*,
pero *loquamur pauca*.
Primero. Yo digo que es diablo,
tiene muy mala cara.
Segundo. A mi la hija del rey
confieso me dá lástima.
Un mendigo. Por amor de Dios santo
(*en otro corro.*)
una limosna.
Uno. Dala,
que hoy el rayo del cielo
se enciende y nos amaga.
(*dándole la limosna.*)
Mendigo. Dios os lo pague, hermano.
El hombre. El os ayude y valga.
(*aparece el embozado á quien en el acto segundo arrojó don Alvaro desde su ventana un puñal.*)
Embozado. Vestido anda de negro
(*dirigiéndose á la casa de Bustos.*)
y dentro de esa casa...
yo entraré, pero cómo?
ah! quizás por la espalda.
(*va hácia la casa de Bustos.*)
Mendigo. Dad limosna á un mendigo
(*saliéndole al paso.*)
que de hambre se desmaya.
Embozado. Perdone el importuno
y vea si se aparta.
Mendigo. Por la pasion de Cristo
y por sus cinco llagas.
Embozado. Que cinco ni que veinte!
quitaos de aqui, canalla!
(*le dá un empellon, lo deja caer y desaparece.*)
Mendigo. Favor, favor, hermanos,
socorro, que me matan.
Uno. Qué es eso? A un mendigo!
Otro. Qué escándalo!
Otro. Que infamia!
Otro. Quien ultraja á un mendigo
al mismo Dios ultraja.
Otro. Un embozado ha sido.
Mendigo. Luzbel en cuerpo y alma.
(*ábrese el balcon principal de palacio y aparecen el rey y algunos caballeros.*)
Un Heraldo. Silencio!
Todos. Silencio!
Alf. Nos rey de Castilla
que somos en ella teniente de Dios,
cual Dios justiciero nunca hemos mancilla
por torpes flaquezas indignas de nos.
La ley hoy cumpliendo, con ánimo fuerte
que un punto no hay trance que pueda abatir,
nos hoy condenamos, don Alvaro á muerte
y á afrenta y á escarnio que habrá de sufrir.
Tal es la sentencia que damos al hombre
que en loca impostura se finjió Luzbel...
Por Cristo que el pueblo ya mas no se asombre
con miedos que en daño y en mengua son dél.
No sois vos cristianos? No haceis bien la guerra
al árabe herege que rie de la cruz?
La fé del Dios hombre vuestra alma no encierra?
Su santa doctrina no os sirve de luz?
Vos sois virtuoso, vos, pueblo, sois bueno,
por qué esas zozobras turbandoos están?
El justo no teme ni al rayo ni al trueno,
ni tiembla á las iras del fiero Satán.
Convierte ese miedo, mi pueblo, en despecho
que tantas flaquezas en ti no están bien,
el ánimo antiguo recobre tu pecho
que á Dios y á sus leyes y al rey dá sosten.
Te agitas, te esfuerzas? Asi, pueblo mio,
don Alvaro burla nos ha hecho cruel:
pues hoy se recobra por dicha tu brio
nosotros hagamos tambien burla dél.
Don Alvaro venga. Don Alvaro mismo
(*dirígese á los guardias.*)
no el diablo en su forma, sino él con dolor,
él muy humillado, cuando el del abismo
es ángel rebelde de horrible valor.
(*asoma don Alvaro pálido y cargado de cadenas.*)
Llegad, caballero, que el pueblo os espera,
sabeis que habeis hecho donoso papel?
A mi, un hombre débil, pardiez! quien dijera
que habia de ser nunca mi preso Luzbel.
Verdad que no es gloria muy alta por cierto
que no sois diablo de gran corazon,
con trémulos pasos... y pálido y yerto,
venis, pobre hidalgo, que dais compasion.
Salid, que os vea el pueblo; decidle en voz clara
que sois necio ó loco, que sois un mortal,
muy digno dél pago que el rey os prepára
por haber obrado tan vilmente mal.
Alv. Callad, callad, basta... fallezco, Dios mio!
oidme un momento, tambien quiero hablar,
hablar! miserable! mi hado es impio...
yo debo á sus golpes sufrir y callar.
(*se acerca el pueblo á contemplarle y escarnecerle.*)
Un hombre. (*del pueblo.*) Finjirse diablo quien es tan volonio!
Otro. Vaya una defensa por cierto gentil.
Otro. No mas que la cara tiene de demonio.
Otro. Diablo un cobarde tan poco sutil.
(*le tira de la barba.*)
Alv. Dejadme.
Alf. Estad quedo.
Uno. Vaya á la horca presto.
Una voz. (*dentro.*)

No, plaza á don Tello, no debe morir.
ALV. Don Tello! mi padre! Dios mio!
ALF. Qué es esto?
TELLO. (*entrando.*)
Don Tello que quiere hacerse ahora oir.

ESCENA II.

Dichos, DON TELLO, *en trage de gran maestre de la órden de Calatrava, pueblo.*

ALF. Qué estraña demanda es esa?
VARIOS. Silencio, silencio todos.
TELLO. Me place dejais los gritos
que esforzabais como locos,
para dar cebo á la ira
y saciedad al enojo.
me place el alto silencio
que á tantas voces impongo,
como me han partido el alma,
como el corazon me han roto:
yo bien sé que si callais,
pueblo, será por curioso,
esperando en mi mas ira
que vos teneis junto todo;
porque direis: «de este anciano
»el hijo mató aquel mónstruo;
»vendrá, inventando tormentos,
»á satisfacer su encono:
»discurra los mas horribles,
»y los darémos nosotros.»
¡Oh! no, pueblo, os engañais,
yo os digo que lo perdono;
porque si así no lo hiciera
yo fuera, yo fuera el mónstruo.
Ademas... ¿por qué delito
dais este escándalo, Alfonso,
rompiendo la mejor lanza
que se enristró contra moros?
Pues locura ha de creerse
la de fingirse demonio;
¿en qué reino se castiga
con pena de muerte á un loco?
Asi, señor, se condena
á un caballero al oprobio,
que ganó honor en las lides
y en los consejos decoro?
ALF. Don Tello, teneos, don Tello;
¿por qué singular trastorno,
vos que pedisteis su muerte
con tal empeño y tal odio,
hora en su pró convertido
faltais al respeto al trono?
De sentencia que nos damos,
el cielo ha de juzgar solo.
TELLO. Pues bien, en nombre del cielo,
rey de Castilla, os exhorto
á que refreneis las iras,
á que perdoneis piadoso.
La clemencia es en los reyes
aureola de su sólio.
¿Qué quereis? Dar paz al pueblo?
Yo vos la ofrezco dar pronto.
Vengar la muerte de mi hijo?
No ha muerto, es mentira todo.
¿De vos y vuestros vasallos
quereis vengar el desdoro?
Nuestra ha sido de él la culpa,
debe vengarse en nosotros;
¿intentais dar escarmiento
con la muerte de este al otro?
Yo os lo traeré tan sumiso
que hunda su frente en el polvo.
Ah! pero vos no querreis
robarme el dulce tesoro
que el cielo al fin de mis dias
ofrece á mis tristes ojos....
Pueblo, escuchad mi secreto,
sabedlo de una vez todo:
ese que tanto afrentais,
á quien escupis el rostro,
y con quien el duro escarnio
y el furor llevais al colmo,
no lo creyerais... es mi hijo!
y ved porque lo perdono.
(*movimiento de sorpresa en el pueblo.*)
ALV. Padre!
TELLO. Hijo... Confiemos,
el pueblo no será sordo
á mis lamentos... el rey...
yo siempre fui de su trono
firme columna... el recuerdo
de tantos hechos heróicos
tal vez á piedad le mueva.
¿Qué decis, rey don Alfonso?
ALF. Digo que estoy sorprendido,
don Tello, de lo que os oigo,
y que á no ser vos, dudára,
si esto es verdad ó es embrollo.
Don Alvaro vuestro hijo!
¿Como puede serlo, cómo?...
TELLO. Es el que perdí, señor,
en el incendio famoso
de la antigua fortaleza
que hoy es, junto al Tajo escombro;
habeis visto muchas veces
por él llorando mis ojos.
ALF. Gran pesar me dá la nueva,
y el vuestro hago dolor propio;
pero una sentencia dada
nunca, don Tello, revoco.
La ley del rey justo debe
herir por igual á todos:
si no perdoné á don Alvaro,
ni á vuestro hijo perdono.
TELLO. No lo perdonais? ¡que escucho!
Y ha de morir con aprobio!
Señor... Señor... perdonadlo,
vedme, á vuestros pies me postro.
Yo que, sino ante el altar
jamás me postré de hinojos:
vedme; yo soy aquel héroe
que dió al alarbe asombro,
cuyo valor sin segundo
engrandeció el territorio:
ya de la edad abrumado
la espalda agoviada encorvo,
mas los laureles dan sombra
á las arrugas del rostro.
Nada merece un anciano
que se dió á su patria todo?
No son gracias las que pido,
deudas son estas que cobro...
aun duran mis cicatrices,
y el báculo en que me apoyo
es de una lanza hecha astillas
contra la frente de un moro.
VOCES. Viva don Alvaro, viva.
ALF. Alzad, trueno de la guerra

y rayo de mis conquistas,
alzad, que solo ante el ara
un héroe hinca las rodillas.
Vos sois al bien de la patria
quien todo lo sacrifica!
Pues bien... un último esfuerzo,
y consagradle esta víctima.
La ley hollada, su sangre
en espiacion necesita.
Valor, don Tello!

Tello. Me falta
la vez primera en mi vida.

Alv. Basta ya, que se envilece
quien mucho en balde suplica:
iré al cadalso, á la horca...
dura será la ignominia...
pero mi frente serena
parecerá como limpia.
Viva, si vive, mi hermano,
y sea suya ó no Maria...
descansar en el sepulcro
un desdichado es gran dicha.

Tello. Bien! Alvaro... se conoce
que eres sangre de la mia.
Señor, tan noble, tan bueno! *(al rey.)*
Y á morir se le destina!
Ya no hay quien quiera su sangre,
no veis? La ciudad benigna
le perdona.

Voces. Gracia! Gracia!
Viva don Alvaro, viva.

Alf. Silencio, pueblo de incautos,
tu por su perdon me gritas,
tú que ha un momento furioso
venganza y muerte pedias?
Hoy se perdona á este hombre,
el pueblo justo lo estima,
y cualquier del mismo modo
mañana lo aterroriza.
Tanto escarnio y tanta afrenta
asi, vasallos, se olvida?
Por quien con crédulo espanto
temblaron vuestras familias;
dejó el soldado sus armas
y el labrador sus campiñas?
Quién robó de un monasterio
profano, audaz, á mi hija,
del hijo del buen don Tello
poniendo en lenguas la vida?
Por quien nuestra justa fama
de valerosos vacila...
y quién habrá que el sarcasmo
del moro burlon resista?
Don Tello, y vosotros todos,
ya veis que se necesita
sostener en este trance
el decoro de Castilla.
Impune uno de los reos
secretamente aun maquina:
escarmentémosle en este...
y luego... aunque el otro viva.
(silencio, pausa.)

Mar. *(como despertando del letargo.)*
Aun dura el fatal consejo...
no habrá muerto, ¡qué alegria!
puedo salvarle... Don Tello,
antes que otra vez me rinda
el dolor... venid, llevadme,
decid al rey que su hija
le quiere hablar... paso, guardias,
respeto á doña Maria.
(deja la ventana y desaparece.)

Tello. Si el amor le sujiriera
como salvarlo, ¡ah! que dicha:
de su mano valedora
Dios tenga á la pobre niña.
Rey don Alfonso, os lo ruego,
y el pueblo tambien, oidla.
(llega Maria pálida con el cabello desordenado y se arroja á los pies del rey.)

Alf. Hija!

Mar. Señor! perdona si mi llanto
llega importuno hasta bañar tus huellas;
creció el mar de mis lágrimas ya tanto
que ni dique ni ley hay para ellas:
tu eres, ó rey, imágen del Dios Santo
que al sol da luz y brillo á las estrellas,
oye amoroso la plegaria mia,
como oye el otro Dios á otra Maria.
Y asi tus reinos avanzando en tierra
de Castilla y Leon la raya pasen,
y al musulman audaz que te haga guerra
los rayos de tu cólera le abrasen,
que si alguna piedad tu pecho encierra
tus ojos hora en lágrimas se arrasen,
y deponiendo ya el enojo impio
te mueva á compasion el dolor mio.
Sangre vierte mi vida desgarrada,
y está mi corazon de muerte herido,
piedad, piedad á un alma enamorada
que para amar no mas de ti ha nacido.
Pobre muger de Dios desamparada
que en su primer amor, santa, ha vivido,
y que jamás debió desde su cuna,
ni una sonrisa á ti, ni á la fortuna.
No, padre, no serás tu mi verdugo,
no matarás al hombre á quien adoro,
déjame lo que al cielo darme plugo
mi amor, mi bien, mi único tesoro:
ya de esperanza y de placer enjugo,
fiada en tu piedad, mi amargo lloro;
tu hija triste en su súplica postrera
misericordia de su rey espera.

Alf. Basta, basta, hija querida,
tu voz al alma me llega;
si yo rey, soy tu verdugo,
padre, me afligen tus penas;
castigos son estos, hija,
que el cielo á tu amor decreta,
súfrelos, ya que insensata
amaste á quien no debieras.
¿Crees tú que al rey no le duelen,
porque es rey, llagas agenas,
y que él castiga ó perdona
con bárbara indiferencia?
Ay no! los reyes son hombres,
y lloran y han sus miserias:
tú no sabes, pobre niña,
lo que una corona pesa,
cuantos trances y amarguras
y cuantas lágrimas cuesta.

Mar. No, señor, yo ya comprendo
los males que os atormentan.
Triste será para un rey
que á muerte á un hombre condena,
saber despues de ya muerto
que fue injusta la sentencia:
remordimientos horribles,

y devoradoras penas,
y sombras y tristes sueños
compaña le harán eterna...
y verá siempre manchadas
de sangre sus ropas régias.
¡Qué horror, que horror, padre mio!
¡Ay del rey que asi se vea!
¡Ay del rey que mancha el cetro
de sangre bendita y buena!
(se oye el tercer toque de la campana. Los dos toques anteriores han debido oirse en las escenas precedentes.)

ALF. Ois? La fatal campana
sonó por la vez tercera,
silencio! la hora es llegada:
gran Dios, tu voluntad sea.
Cúmplase en Alvaro el sino
que el alto cielo le ordena:
yo en justicia en este trance
no puedo tener clemencia.
(se retira el rey precipitadamente: gran sensacion en la muchedumbre.)

ESCENA IV.

Dichos, menos el REY.

TELLO. Ay, hijo de mis entrañas!
MAR. Ay, de mi amor, dulce prenda!
ALV. Adios, padre! adios, esposa!
mas que á mi el cielo os proteja.
(cierra el secretario el balcon de palacio; y llévanse los guardias á don Alvaro; pausa.)

ESCENA V.

DON TELLO *y gente del pueblo con grandes muestras de dolor.*

TELLO. Recíbelo tú, Dios mio, *(arrodillándose.)*
y asiéntalo á tu derecha,
por piedad al triste anciano
que en su dolor te lo ruega.
¡Alma joven é inocente
que arroja de si la tierra,
porqué en su amor no ha tenido
las nieves de mi cabeza...!
Recíbela tú, alto cielo,
que vá sin mancha y es buena.

ESCENA VI.

Los mismos y MARIA.

MAR. Y ha de morir! vos don Tello,
dejais que vuestro hijo muera...?
Es un crimen! Si, es un crimen!..
¿Y hay pueblo que lo consienta?
A las armas, á las armas...
arranquemos con la fuerza
su víctima á los verdugos,
venid, volad, arranquémosla.
(cae sobre los brazos de don Tello vencida de su dolor; vase en tropel la multitud á dar encuentro á don Alvaro.)

TELLO. Niña infeliz, débil niña,
que te desmayas apenas
á tan osadas palabras
se han atrevido tus quejas?
¿Qué puedes tú contra un trono
que el Dios del cielo sustenta,
ni que noble castellano
habrá que á su rey se atreva?
UNO. Señor, siempre defensores
la causa que es justa encuentra;
si vos intentais salvarlo,
el pueblo su ausilio os presta.
TELLO. Gran Dios, del pueblo!
HOMBRE DEL PUEBLO. Admitis
en tal conflicto la oferta?
TELLO. Ni mi dolor la rehusa,
ni mi lealtad la acepta·
soy padre, y amo á mi hijo,
soy bueno, y amo al que reina:
dejadme, amigos, dejadme,
no os puedo dar mas respuesta,
no dobleis mis infortunios
con otras congojas nuevas.
UNA VOZ. Viva don Alvaro.
TODOS. Viva!
OTRA VOZ. Mueran sus verdugos.
TODOS. Mueran!

ESCENA VII.

DON TELLO *y* MARIA.

MAR. Teneos, el rey va á morir!
TELLO. No temas, joven, no temas:
lloremos; no hay esperanza
que alivie la afliccion nuestra.

ESCENA VIII.

Dichos y un GUARDIA.

GUAR. Don Tello, el rey impaciente
que os presenteis á él espera.
TELLO. ¿Qué quiere el rey con el padre
del justo que á la horca llevan?
MAR. Quién sabe?... Acaso... ¡ah! que dicha!
va á revocar su sentencia:
id, id, y volved al punto
con la venturosa nueva.
TELLO. Ojalá, pobre Maria,
que el cielo no te desmienta.
(vanse don Tello y el guardia.)

ESCENA IX.

MARIA, *fuera de si.*

¿Pues que, nunca, nunca
seré yo feliz,
yo niña inocente
que á nadie ofendi?
¿Será mi destino,
sin trégua ni fin,
llorar, llorar siempre,
y nunca reir?
Ah! no, no lo espero:
yo sé que entre si,
los bienes y males
se agitan en lid;
la vida nos guarda
mil cambios y mil...
¡lloré yo ya tanto!
Que espero reir.
(va con loca alegria de una á otra parte del teatro.)
Mis galas, mis joyas
traed pronto aqui,
ceñidme las sienes
de rosas de Abril;
yo quiero estar bella

como un serafin....
¿No veis que mi esposo
va pronto á venir?
Volvedme, alegrías,
que á mi alma acudis,
mis labios de rosa,
mi tez de marfil;
volvedme mis risas,
mis gracias sin fin,
yo quiero estar bella
porque él va á venir.

ESCENA X.

Maria y Ramiro *horriblemente demudado y entristecido.)*

Mar. Ramiro, que horror! Ramiro! *(retrocediendo.)*
Ram. Teneos..., miradme con calma;
(avanzando con triste lentitud hácia doña Maria.)
yo traigo al infierno en mi alma...
y ved que sereno os miro.
Si vos estais tristemente
llorando vuestros amores,
de mi llanto, mis dolores
¡ay! ya secaron la fuente.
Vuestro dolor no me altera,
ni á vos os conmueve el mio...
seré con vos tan impio
como conmigo sois fiera.
Y ved, que al que audacia tanta
tiene contra un rey tan fuerte,
el mal mayor que es la muerte,
sin duda que no le espanta.
Seguidme.
Mar. Huid, huid, maldito!
el infierno os está abierto.
Ram. Vuestro esposo habrá ya muerto,
(con honda frialdad.)
y ya mi amor no es delito.
El de su amor vuestro pago
allá á su tumba se lleva...
pagad esta deuda nueva
de amor no menos aciago.
Y cuenta que á mi venganza
podrá morir sin consuelo,
la madre que me dió el cielo
de vuestra deuda en fianza.
Alzado sobre ella queda
de Busto el puñal, Maria;
á sola una señal mia
no habrá quien valerla pueda.
Seguidme.
Mar. Mortal congoja!
Ay de mi!... mónstruo inhumano!
Ram. Cesad; vuestro rostro en vano
de vivas perlas se moja:
por mas que invoqueis á Dios,
y deis, ó hermosa, en gemir,
vuestra madre ha de morir,
si me retiro sin vos.
Ah! la cólera me ciega: *(exaltado.)*
ingrata!.. muger ingrata!
Ve que su desden me mata
y siempre á mi amor se niega!
¡Ve el suplicio, Dios eterno,
de este fuego que me quema,
que tu voluntad suprema
tal vez no dá en el infierno!
¡De mis ojos seco el llanto
vé, y amarilla mi frente....
y ciega y sorda, inclemente,
en nada tiene amor tanto!
¿Para esto, y con vil mancilla
de mi alto blason guerrero,
ya de farsante embustero
suena mi nombre en Castilla?
¿Y el rey... y mi anciano padre?...
Oh! no hay remedio, Maria,
ó consentis en ser mia,
ó es víctima vuestra madre.
Mar. Fortalecedme, Dios mio,
que débil ya desfallezco,
dejadme... yo os aborrezco,
hombre cruel! hombre impio!
De donde esa pasion loca
aprendisteis? De qué fiera?...
Mil veces antes yo muera
que os hable de amor mi boca.
Ram. No tengo rival, sois mia,
me seguireis.
Mar. No, no os sigo.
Ram. Qué osais decir?
Mar. Que os maldigo
y que os detesto.
Ram. Maria!
Y vuestra madre?
Mar. En el cielo
bendecirá mi firmeza.
Ram. Su sangre vuestra cabeza
manchará, al bañar el suelo!
Mar. No: manchará al que la hiera;
tan solo caerá sobre vos...
miserable!
Ram. ¡Ira de Dios!
¿Y consentireis que muera
por no amarme?
Mar. Si, malvado.
Ram. *(con desesperacion.)*
Si! Si!.. pues ved la señal.
(desenvaina su puñal y lo levanta en alto.)
Yo no hay remedio, un puñal
como este en ella han clavado.
Mar. Madre infeliz! madre mia!...
Bárbaro, atroz asesino!
Ram Esa muerte que fulmino
no aplaca aun mi saña impia.
Me has de amar, me has de seguir....
lo quiero, lo mando; ¡loca!
me ha de hablar de amor tu boca,
ó tambien tu has de morir.
Mar. Socorro!
Ram. No vendrán, no,
se aterrarán á mi vista.
¿Quién habrá que me resista?
¿Quién ha de librarte?

ESCENA XI.

Dichos y doña Isabel.

Isa. Yo.
(interponiéndose precipitadamente.)
Ram. Doña Isabel!
Mar. Madre mia!...
Isa No temas, ya estás segura:
el Dios que al malo confunde,
piadoso, de ese te escuda.
Mira ya como su rostro
entre las manos oculta....

Oh! la ignominia asi esconde,
que al fin le vence y le abruma.
Insensato! huye la muerte
que aqui llegará en tu busca:
sálvate.... yo te perdono,
por impotentes, tus culpas.

RAM. Mi salvacion es la muerte,
y no espereis que la huya.
Maldicion! Por qué los cielos
contra mi amor se conjuran?
Estais aqui? Quién os trajo?
Quién os salvó de mi furia?

ISA. Un hombre que mató á Bustos,
que un angel era sin duda.
El cielo á tanta inocencia
no deja de amparar nunca.
Pobre niña! al fin tu llanto
Dios compadece y enjuga.

RAM. Bien! Bien! no será ya mia:
no hay esperanza ninguna;
Resignacion, si.... qué rabia!
resignacion, ah! en la tumba.
Madre, madre, por piedad....
(*postrado y con delirio á doña Isabel.*)
yo la amo.... calmad mi angustia.
Ved... mi frente está amarilla,
mi pecho el dolor inunda....
yo la adoro, y he vertido
por ella lágrimas muchas...
no habrá esposo que á su esposa
consagre tanta ternura.

ISA. Infame! humillate y llora,
y asi tu arrogancia sufra;
solo falta esa vileza
que llegue á colmar las tuyas.

RAM. Ah! deponed ese enojo,
¿por qué me decis injurias?...
No ois, no ois una cosa
que aqui en mi cerebro zumba?
Es la muerte que se acerca,
y el vértigo que la anuncia.
Ay de mi! mi voz se apaga,
mi vista débil se ofusca....
¿Para qué esas negras sombras
sobre mi en tropel se juntan?..
Angel de mi amor, Maria,
yo muero.... mi voz voz escucha.
(*se oye distintamente un ruido sordo de voces confusas y lejanas.*)

MAR. Se oyen voces, madre mia;
tal vez en motin las turbas
salvan á Alvaro irritadas
al ver su sentencia injusta.
Oh! plegue á Dios que le salven
venciendo en su santa pugna.

RAM. Oh! mi pecho en celos arde!...
No esperes, no, que tu esposo
vuelva en su seno á estrecharte.
Llora; vierte por los ojos,
á falta de llanto, sangre....
nunca podré yo decirte (*rie estrepitosamente.*)
lo que esas penas me placen.

UNA VOZ. (*fuera.*) Viva Alfonso el justiciero!

RAM. Oyes? pues son las señales
de que el Rey hace justicia
con Alvaro en este instante.

MAR. Que recuerdo!

RAM. Delicioso
es el placer de vengarse!
¿Para que te amé yo nunca (*rie.*)
si gozo mas en odiarte?

MAR. Escuchad! (*con ansiedad.*)

RAM. Me importunais,
idos ya; yo no amo á nadie...
temed que á entrambas del pecho
el corazon os arranque.

MAR. Pero oid!

RAM. Quiero estar solo,
solo con la luz y el aire.
(*dirije á Maria hácia palacio.*)

ESCENA XII.

Dichos, DON TELLO, *y el Secretario del Rey.*

TELLO. Que vuelva á palacio el reo
(*al Secretario.*)
decid á los que le guarden.
(*vase el Secretario.*)

ISA. Don Tello!

TELLO. Doña Isabel,
vos aqui?

RAM. (*ap.*) Cielos! mi padre!
(*se retira junto á la reja donde estuvo Maria, y se emboza.*)

ISA. (*á Tello.*) Si, es un milagro, es un sueño,
mas no es tiempo de esplicarle:
decid....

MAR. Le perdonó el Rey?

TELLO. No, si no renunciais antes
él y vos, y para siempre,
á vuestro fatal enlace:
si consentis, vos á un claustro,
y el á perpétua cárcel.

RAM. (*ap.*) Que oigo!

MAR. Gran Dios! un castigo
mayor nos da su barbarie.

ISA. Bien: ya salvasteis á uno
alli está el otro; salvadle.

TELLO. Cómo! Ramiro!

ISA. Hija mia,
la paz del claustro te ampare.
(*suben á palacio doña Isabel y Maria.*)

ESCENA XIII.

DON TELLO *y* DON RAMIRO.

RAM. Ingrata! morir me deja!
ni me da el á Dios postrero:
ve que por ella ahora muero
y huye mi amor y se aleja!
Ah! moriré sin consuelo,
que el infeliz que padece,
ni al mundo piedad merece,
no.... ni la alcanza del cielo.
Vámonos de aqui.

TELLO. Hijo mio!
ay! á que riesgos te espones!
(*trayéndolo al proscenio.*)
Que grande es de las pasiones
y que infausto el poderio!
Cuán pálido y demudado!
Incauto! Qué mal te enfrenas!
De tu juventud tus penas
que débil resto han dejado!
Ramiro, dame los brazos,
(*acercándose á Ramiro.*)
llega, á mi amor no rehusa,
si algun recuerdo te acusa,

ven, acallémoslo á abrazos.
Ram. Don Tello!
Tello. Que! No obedeces?
Despues de tan larga ausencia
tan fatal te es mi presencia,
hijo, que aun no la apeteces?
Llega; que si no te toco,
como ya te lloré muerto,
dudaré de si esto es cierto,
ó es sueño, ó es que estoy loco;
ven, hijo, á mis brazos ven,
la frente en alto levanta;
en hombre que á un pueblo espanta
tal confusion no está bien.
Ram. Caiga el rigor de la ley
sobre mi, firme lo espero;
id, anciano caballero,
id y delatadme al rey.
Vos alcanzando el perdon
de mi mayor enemigo,
un padre!
Tello. El cielo es testigo
que cumplo mi obligacion.
Y al cumplirla, alegre, ufano
que debes estar colijo,
que don Alvaro es mi hijo
y, piénsalo bien, tu hermano.
Ram. Cielos! azote mas duro
sobre mi tu ira descarga!
Esposo! Palabra amarga!
Hermano! Horrible conjuro!
Si de un crimen en huida
espero á que muerto esté,
galan traidor no seré,
pero seré fratricida.
¡Oh! no hay remedio: hoy del rey
me mostraré á la presencia,
y caiga en mi sin clemencia
la venganza de la ley.
Tello. Que! Insistirás en un crimen
deshonroso con esceso?
Ram. Ay! no puedo con el peso
de los males que me oprimen.
Tello. Pero tu muerte es segura
si aqui permaneces, huye:
qué angel malo en tu alma influye
que asi á tu fin te apresura?
Hijo, viviendo podrás
cobrar tu fama perdida,
pero si pierdes la vida
no la recobres jamás.
Eres joven, luengos años
quizá aun te guarda el destino,
yo he andado ya ese camino
sembrado de desengaños.
Qué crees que de ti dirán
si mueres? Pues por quien soy
si te compadecen hoy
mañana te olvidarán.
Yo mismo, yo que te adoro
haré mi mal mas liviano,
consolado por tu hermano
que enjugará al fin mi lloro.
Alvaro el sosten será
de mi ancianidad doliente....
tú.... te tendré por ausente
que se halla bien por allá.
Ram. Qué decis? Estais en vos!
Don Alvaro por ventura
aun tiene vida?
Tello. Y segura
los años que quiera Dios.
Ram. Y el rey?
Tello. Lo ha otorgado asi,
que don Alvaro al fin es
enviado aragonés
y alcanza fueros aqui.
Nuestro rey al de Aragon,
aunque es muy justo el castigo,
en muestra de atento amigo
le regala este perdon.
Asi se anuda con esto
mas y mas su pleitesia.
Ram. Ah! decidme, y de Maria
qué es lo que el rey ha dispuesto?
Tello. En el claustro ha de esperar
á su esposo prometido.
Ram. Necios! y no han advertido
que Luzbel la irá á robar.
Tello. El por perpétua prision
perdon de su vida alcanza,
Ram. ¡Oh! no mueras, esperanza,
alégrate, corazon.
Decidme, y nunca jamás,
nunca tornaránse á unir?
Tello. Solo despues de morir
allá en el cielo quizás.
Ram. Pero su union.
Tello. Va á anularse.
Ram (*ap.*) Bien: ellos tambien lloren;
qué me importa que se adoren
si nunca habrán de juntarse?
Alvaro cobarde sea
y arrastre en cárcel oscura
su vida y su desventura,
mas quien la muerte desea,
la paz del sepulcro elije
por enamorada esposa;
pensais que el cadalso es cosa
que mi alma rasgada aflije?
Termine mi infausta vida.
(*suenan rumores que han debido comenzar desde los versos anteriores.*)
Tello. Cual muestra su regocijo
porque vive mi otro hijo
esa turba agradecida.
Voces. Viva!
Tello. Aqui nos detendrán
y á solas estar anhelo.
(*don Tello aparta á Ramiro que lo sigue maquinalmente.*)
¿Me negarás el consuelo
de dar treguas á tu afan?

ESCENA XIV.

Entran en desórden gentes del pueblo.

Uno. Gran hecho!
Otro. Notable accion.
Primero. Viva el Rey!
Todos. Viva!
Primero. Escuchad,
no griteis.
Segundo. Si, si, callad
que el Rey asoma al balcon.

ESCENA XV.

Aparece el Rey *en el balcon, acompañado de* Alvaro, secretario, *guardias, etc.*

Alf. Esta es justicia en Castilla.

Yo dí de Maria la mano
al hijo de un castellano
que de enemiga cuchilla
salvó en mi persona al Rey:
hijo adoptado, he sabido
que es Alvaro el prometido,
y cumplo de honor la ley.
El cuerpo muerto de un hombre
que Hernando Sos se apellida,
fé de matrimonio y vida
vino á dar de Alvaro al nombre.
Hernando por rara suerte
fué el que suplantó á Ramiro.
Dios dá á la justicia el giro,
y en favor de Alvar me advierte.
Antes la befa sufrió
mia y de mis vasallos fieles,
y el Rey sentencias crueles
aqui en su contra dictó.
Ahora puesto en libertad
yo las cadenas le quito:
asi castigo el delito,
asi premio la lealtad.
(*el Rey se retira y don Alvaro, etc. etc.*)

TELLO. Ah!
TODOS. Viva!
UNO. Qué auto tan lleno
de ciencia!
OTRO. Muy sábio fué.
RAM. Feliz Alvaro, y yo... (*ap.*)
PRIMERO. Que
bueno es un Rey cuando es bueno!
SEGUNDO. Qué pensais, don Judas, vos?
PRIMERO. Pues este embozado rabia.
(*ap. viendo á don Ramiro.*)
DON JUDAS. Bien dige: *Domine labia mea aperies:* ábrelos, Dios.
PRIMERO. Vamos á correr noticias.
SEGUNDO. Si, y á buscar á don Tello.
TERCERO. Qué contento tendrá en ello!
CUARTO. Y nos dará las albricias! (*vanse todos.*)

ESCENA XVI.

DON TELLO, DON RAMIRO.

TELLO. Ramiro, hijo del alma, no comprendes
cuán grande es mi ansiedad? A Alvaro espero:
no te alegras, Ramiro? No circula
en tus venas el gozo que en mi siento?
Le estrecharé en mis brazos: mi Ramiro
tambien le estrechará... Pero qué veo?
Oh Dios! pronto olvidé que tengo un hijo
de alma mezquina y vengativo pecho.
Ramiro, no perdonas?
RAM. (*pensativo.*) El dichoso
y yo infeliz!
TELLO. Mas...
RAM. No!
TELLO. Qué estás diciendo?
RAM. No puedo perdonar; de las pasiones
el bárbaro poder rije mi pecho:
y si callo, si inmóvil me resigno
es que á mayor venganza me reservo.
TELLO. Qué intentas?
RAM. O el patíbulo afrentoso,
ó guerra fratricida.
TELLO. Te aborrezco.
(*don Ramiro se muestra entre indignado y sobrecojido.*)
Qué dige? No, la compasion mereces,
pues eres desgraciado. Los trofeos
olvidarás que en cantidad copiosa
recojieron tus ínclitos abuelos?
Qué vergüenza! Qué horror! El cielo guarda
pena mayor al criminal; su eterno
castigo añade al de la tierra: ¡ay! teme
su castigo tan justo como cierto.
Vive, si, hijo infeliz, la vida tiene
para el mas cruel dolor mayor consuelo,
pero vive con honra: tiembla, tiembla
la horrenda maldicion de Cain perverso.
Vive, y vive feliz.
RAM. Y qué es la vida
al que cruza sus áridos desiertos,
muerta la fé en el alma, y ya marchita
la esperanza del bien sin dulces sueños,
que en campos de oro la ilusion repóse?
¡Oh, mil veces feliz quien muere en ellos!
TELLO. Y el honor? Y la gloria? Y los combates?
Y de la patria el bienestar?

ESCENA ULTIMA.

Dichos; DOÑA ISABEL, DON ALVARO *y* MARIA *salen de palacio.*

ISA. Don Tello!
ALV. Padre!
TELLO. Oh gozo!
ISA. Ramiro!
(*estrechando á Ramiro.*)
MAR. (*á Ramiro.*) Hermano mio!
RAM. Oh! ya me salvo de mi propio infierno!
Padre, hermanos! asi....
(*Ramiro devuelve con efusion los abrazos.*)
TELLO. Dios de clemencia!
Tu bendicion derrama sobre ellos.
Gracias demos al rey, venid.
RAM. Si, padre,
que yo el justo castigo de mis yerros
quiero pedirle.
TELLO. Insistes?
RAM. Vuestras dichas
demandaré, y el fin de mi tormento.
Caballo y lanza pediré, y al mundo
daré de alto valor heróico egemplo:
del árabe terror, el nombre mio
vereis orlado de laurel sangriento,
y en el raudal que vierta la ancha herida
hallaré, desgraciado y caballero,
la muerte que demandan mis desgracias,
la gloria que me piden mis abuelos.

(*cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1848.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,

Calle del duque de Alba, n. 13.

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramàtica.

TRADUCCIONES.

EN UN ACTO.

D. Canuto el estanquero.
El paje de Woodstock.
La Barbera del Escorial.
El derecho de primogenitura.
Un buen marido!
La vida por partida doble.
Percances de la vida.
El maestro de escuela.
La hija del bandido.
La muger eléctrica.
El confidente de su muger.
La viuda de 15 años.
La pupila y la péndola.
Mas vale tarde que nunca.
La cocinera casada.
Tom-Pus, ó el marido confiado.
Dos contra uno.
El marido de la Reina.
Con todos y con ninguno.
Perder y ganar un trono.
El hijo de mi muger.
Inventor, bravo y barbero.
Un cuarto con dos camas.
Muerto civilmente.
—El doctor Capirote.
—Los dos maridos.
A un tiempo amante y hermana.
El mudo por compromiso ó las emociones.
Un Juan Lanas.
Las camaristas de la Reina.
—Una muchachada.
El usurero.
Una cabeza de ministro!
El raptor y la cantante.
Una noche á la intemperie.
Memorias de dos jóvenes casadas.
Un diablillo con faldas.

EN DOS ACTOS.

El rey de los criados y acertar por carambola.
La hija de mi tio.
César, ó el perro del castillo.
Un pariente millonario.
Los soldados del rey de Roma.
La modista alferez.
Un avaro.
El lazo de Margarita.
El Guarda-bosque.
El diablo nocturno.
Un casamiento con la mano izquierda.
Un padre para mi amigo.
La protegida sin saberlo.
Una broma pesada.
El Corregidor de Madrid.
El caballero de Grimon.
Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitan Mendoza.
Un mosquetero de Luis XIII.
El robo de un hijo.
Los pasteles de Maria Michon.
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento.
—Las dos épocas, ó el republicano generoso.
Cuando quiere una muger!!

EN TRES ACTOS.

Mi vida por su dicha.
Un dia de libertad.
La Abadia de Penmarck.
El vivo retrato.
El diablo y la bruja.
Casarse á oscuras.
Deshonor por gratitud.
—La desposada.
El novio de Buitrago.
El guante y el abanico.
Clara Harlow.
Uno de tantos bribones.
Julian el carpintero.
El zapatero de Lóndres.
Los templarios, ó la encomienda de Aviñon.
Reinar contra su gusto.
El tarambana.
Los mosqueteros de la Reina.
Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia.
Luchar contra el destino.
Una cura por homeopatia.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas.
—La boda y el testamento.
No ha de tocarse á la reina.

EN CUATRO ACTOS.

Jorge el armador.
La mano derecha y la mano izquierda.
El doctor negro.
Beltran el marino.

EN CINCO ACTOS.

La hermana del soldado.
Los misterios de París, primera parte.
Idem segunda parte.
Fausto de Underwal.
Los prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre.
Las intrigas de una corte.
El agiotage ó el oficio de moda.
La hermana del carretero.
La Corona de Ferrara.
En la falta vá el castigo.
Las huérfanas de Amberes.
Las colegialas de Saint-Cyr.
—Páris el gitano.
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio.
El diablo en Madrid.
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeuxe.
La hija del Regente.
El castillo de S. Mauro.
Fuerte-Espada el aventurero.
La noche de S. Bartolomé de 1572.
El nudo Gordiano.
—Juana Grey.
La Alqueria de Bretaña.
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia.
Nunca el crímen queda oculto á la Justicia de Dios, 6 cuadros.
Los mosqueteros, id.
El pacto sangriento, ó la venganza corsa, id.
El leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, id.
El médico negro, 7 cuadros.
El mercado de Londres, id.
Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, en 9 cuadros.

ORIGINALES.

EN UN ACTO.

Paraguas y sombrillas.
La dama en el guarda-ropa.
Ansias matrimoniales.
Perder el tiempo.
Un error de ortografia.
La joven y el zapatero.
La batalla de Clavijo.
Engaños por desengaños.
Una conspiracion.
Tanto por tanto, ó la capa roja.
Un casamiento por poderes.
Estudios históricos.
La posada de Currillo.
Dos y ninguno.
Juí que jembra.

Una actriz improvisada.
—El marinero, ó un matrimonio repentino.
José Maria, ó vida nueva.
La feria de Ronda.
De Cádiz al Puerto.
Es el demonio!!
El andaluz en el baile.
—Un tio como otro cualquiera.
El cautivo de Lepanto.
El tio y el sobrino.
Ilusiones.
La cantinera.
La ley del embudo.
La Perla sevillana.

EN DOS ACTOS.

En la confianza está el peligro.
Si acabarán los enredos?
Juan de las Viñas.
Mateo el veterano.
El premio grande.
El hermano del artista.

EN TRES ACTOS.

Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes.
El mèdico de su honra.
—Yo por vos y vos por otro!!
Los infantes de Carrion.
La reina Sibila.
Un motin contra Esquilache.
La ilusion ministerial.
Luchar contra el sino.—La sortija del rey.
El coronel y el tambor.
El último amor.
Perder fortuna y privanza.
Hasta los muertos conspiran.
No hay miel sin hiel.
A las máscaras en coche.
Con sangre el honor se venga.
El favorito y el Rey.
La cruz de la torre blanca.
El aventurero español.
La conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon.
—El hombre azul.
El arquero y el Rey.
Desengaños de la vida.
El caudillo de Zamora.
Escarmientos y lecciones.
—Como á padre y como á rey.

EN CUATRO ACTOS.

—Pobreza no es vileza.
El trápero de Madrid.
El pacto con Satanás.
Valentina Valentona.
A tal accion tal castigo.
El honor de un castellano y deber de una muger.
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla.
Azares de una privanza.
El Peregrino.
Una noche en Venecia.
Amante y Caballero.
—El médico de un monarca.
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar.
El médico de su honra.

EN CINCO ACTOS.

El desprecio agradecido.
—A cada paso un acaso, ó el caballero.
Amor y Patria.
Don Juan Pacheco.
La Calderona.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista.
Los dos Fóscaris.
Juan de Padilla, 6 cuadros.
La reina Margarita, en 6 actos.
D. Ramiro.

Nota. *Los títulos que tienen una rayita aun no están impresos, pero lo van siendo sucesivamente.*